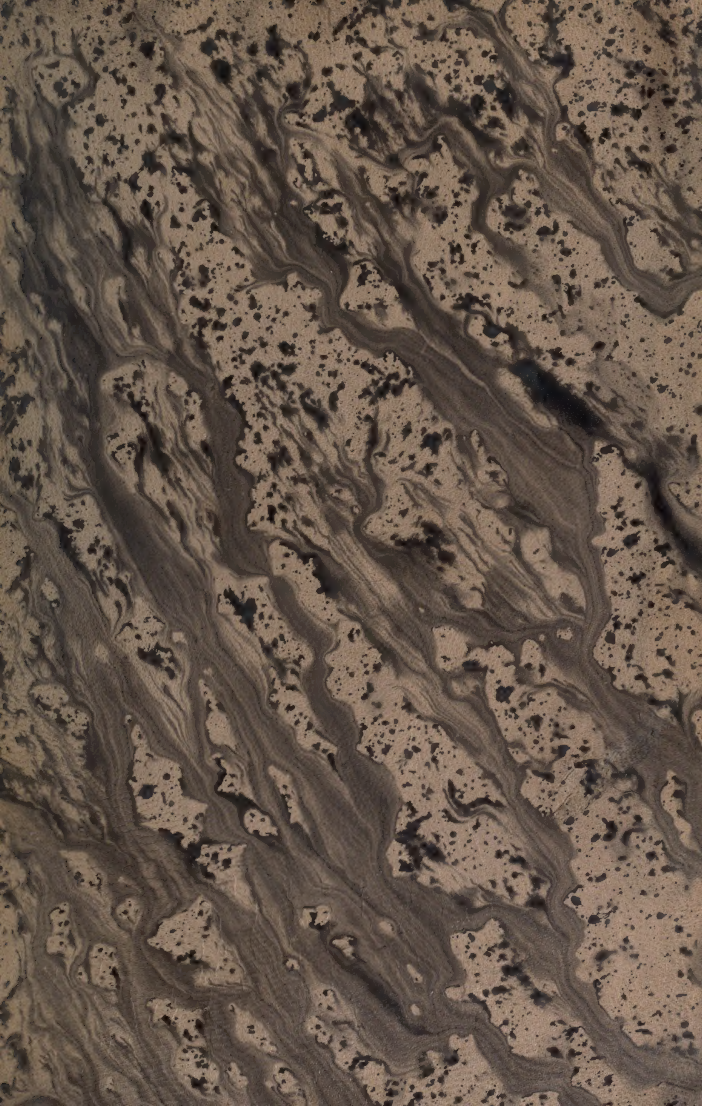






POESIAS FESTIVAS

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.......	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar)...............	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **La ciencia y el corazón.—Milord** (Narraciones)....................	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición)............................	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — La doncella práctica.** (Narraciones.)..........	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela), **Cuentos alegres**...................	3
VIII.	**Notas íntimas de Madrid y París**..	3
IX.	**La miseria en un tomo.** **Cuentos y sucedidos**..............	3
X.	**Arpegios** (Poesías). **Noches en vela** (Poesías). **Teruel** (Recuerdos de viaje)........	3
XI.	**Malas costumbres.** (Apuntes de mi tiempo.).........................	3
XII.	**Flaquezas humanas** (Cosas del otro jueves). **Ellos y ellas** (Chistes... internacionales)............................	3
XIII.	— **Mis contemporáneos**..............	3
XIV.	— **Esto, lo otro y lo de más allá**.....	3

Imp. y Enc. de J. Rueda.—Huertas, 58, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XV

POESÍAS FESTIVAS

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.

Al Excmo. Sr. D. Ignacio Bauer, en testimonio de amistad

EL AUTOR

RETRATO DEL AUTOR

Amigo don José Antonio:
Su grata, fecha del cuatro,
La he recibido el veintiocho,
Y gracias que de este año.
Díceme en ella que sólo
Por escrito hemos hablado,
Pues sin conocernos, quiso
La suerte que nos tratáramos.
Díceme también que diera
Por conocerme bien, algo,
Y á eso le respondo yo
Que en el tomar no hay engaño.
Díceme, en fin, tantas cosas
De mi persona en aplauso,
Que yo por satisfacerle
Le voy á hacer mi retrato.
Y como en esta noticia
Ni me adulo ni me ensalzo,
Para saber que ella es cierta
Baste ver cómo me trato.

—Yo soy un hombre moreno,
Algo más alto que bajo,
Con unos ojos muy grandes
Y unos carrillos muy flacos.
Llevo la barba corrida,
El pelo, crespo á los lados,
Y por en medio una calva
De cuatro dedos en cuadro.
El andar convaleciente,
Los movimientos pausados,
Semblante de Cristo viejo,
Cuerpo desencuadernado.
Mi carácter es alegre
Visto por fuera y de paso,
Que si por dentro se viera
Se hallaría avinagrado.
Para los amigos, tierno;
Para las mujeres, blando;
Para mi famila, dulce;
Para mi coleto, amargo.
Todo lo tomo con calma,
Porque estoy bien enterado
De que las cosas del mundo
No merecen otro pago.
De informal y de ligero
Más de cuatro me tacharon,
Y lo soy por patriotismo
Siempre que á la calle salgo.
Formalidad y cordura
Son aquí cuerpos extraños,

Y si en Madrid formal fuese
Tal vez me habrían echado.
Luego soy cual corresponde
Dados el país y el caso,
Y así me río del mundo
Que á ser así me ha enseñado.
Debo bastante dinero,
Y lo debo porque gasto,
Y gasto porque soy pobre,
Y soy pobre porque pago.
De este modo en mí se cumplen
Cuatro vicios castellanos,
Que son: vanidad, pobreza,
Mucho rumbo y pocos cuartos.
Tengo contados amigos,
Y esto, á fe, no es nada extraño,
Pues con decir lo que siento
Los ahuyento sin pensarlo.
Soy, pues, tan independiente
Como soy poco medrado,
Pero yo á riesgo de serlo
Por toda desdicha paso.
Por independiente vivo,
Por independiente atraso,
Por independienle creo
Que nunca tengo un ochavo.
Pero yo por serlo siempre
Pienso que haría milagros,
Y á pesar de eso, soy hombre
Y por eso estoy casado.

Tengo el triste privilegio
De escribir versos medianos,
Que el vulgo los halla buenos
Y los que hacen versos, malos.
Así entre dos opiniones
Van mis versos pelechando,
Y con ellos há que vivo
Lo menos diez y seis años.
Mis amigos—que son pocos—
Dicen que es dulce mi trato,
Y es que ni hablo mal de nadie
Ni pido nunca prestado.
De lo que en el mundo pasa
Me tiene tan sin cuidado,
Que generalmente el día
Casi durmiendo lo paso.
Me bastan para mi dicha
Blanda cama, manjar sano,
Buena leña en el invierno,
Casa fresca en el verano,
Mi mujer, que es muy hermosa,
Mi madre, que es un encanto,
Mis hijos, que son preciosos,
Mis libros, que son callados,
Un duro para el bolsillo
Y un puñado de cigarros.
Con esto y con que la gente
No deje de ir al teatro,
Ya me tiene usted contento,
Mande Juan ó mande Pablo,

Vocifere la injusticia
Y hable mal todo el Parnaso;
De Jesucristo dijeron,
Y este mundo es un fandango.
Tal soy yo, que en Zaragoza
Nací, y el gusto me alabo,
Día veintiocho de Abril
Del año cuarenta y cuatro.
Referirle de mi vida
La historia abundante en casos
Que á otro le hubieran vencido
Y á mí no me han hecho daño,
Pareciera necio empeño
De contar muchos trabajos,
Muchas penas, muchos líos,
Muchas ansias, muchos palos,
Mucha broma, mucha angustia,
Mucha risa y mucho llanto.
De mi muerte sí le anuncio
Que ha de ser sabe Dios cuando,
Y ha de haber sobre mis huesos
Este sencillo epitafio:
«Aquí yace un caballero
Que nunca tuvo caballo
Y que se murió de risa
Viendo á sus conciudadanos.»
Y como hay quien besa el suelo
Y yo no podré evitarlo,
Mandaré en mi última hora
Que me entierren boca abajo.

LA GRAN CRUZ

Era noche de espléndida fiesta
En la regia ostentosa mansión,
Y allí un mundo de grandes y chicos
Daba al baile indecible esplendor.
Uno había entre todos, cargado
Con el peso de tanto blasón,
Que encorvado al andar, parecían
Tantas glorias robarle vigor.
Bandas, cruces, y cintas y placas,
Cuanto el hombre ambicioso soñó,
Todo junto brillaba en su pecho,
Y al hallarnos de frente los dos
La pueril multitud comparaba
Su ostentoso ducal casacón
Con mi frac en que ni un punto rojo
Quebrantaba su negro color.
Yo admiraba aquel rico calvario
De su vida famosa expresión;

Cada placa era un hecho, un recuerdo,
Un combate, una gloria, un honor.
Ya era el premio á batallas ganadas,
Ya el recuerdo al esfuerzo español,
Ya el afecto de un rey extranjero,
Ya la sangre ducal que heredó.
Esta sólo la alcanza el que cuenta
Cuarenta años de bélico ardor,
Canta aquélla las glorias eternas
Con que España á la Francia humilló,
Y ésta, en fin, de eslabones macizos,
Fué de un rey el antiguo Toisón.
Así al verle pasar á mi lado
Sus honores contando iba yo,
Y él pausado, y temblón, y caduco,
Prez y asombro del regio salón,
Contemplándome al paso un instante
me miró desdeñoso... y pasó.

—

Pero á poco á encontrarnos volvimos,
Yo llevaba al ojal un blasón
Que no dan los poderes humanos
Ni lo alcanzan riqueza ó favor.
Era blanca y espléndida rosa
Que furtiva la mano me dió
De aquel sér que después he llamado
Alma mía, en mi hogar casto amor.
Y al notar el caduco magnate

En mi pecho el felíz galardón,
Contemplándome al paso un momento...
Con visible pesar suspiró.
¡Ah! Si entonces trocarse pudieran
Sus preseas sin fin por mi flor,
Él tal vez las cambiara gozoso;
Pero aunque él lo quisiera, yo no!

—

Años há que el anciano á la tierra
Nombre y glorias y huesos volvió;
Su Toisón va corriendo la Europa,
Banda y cruces en ancho montón
A la par de la hacienda lograda
Heredero implacable vendió.
Todo al hoyo insaciable ha caído
Humo vano que el viento alejó...
Mi gran cruz de la rosa furtiva
¡Aún me cuenta secretos de amor!

———

LAS DOS HERMANAS

Inés y Ana eran hermanas,
Y en aficiones tempranas
Con pensamientos distintos,
Dieron muestras cotidianas
De diferentes instintos.

A Inés le dió por rezar
Y hacer de la iglesia hogar:
Ana era toda pasión,
Y dejó á su corazón
Libre en el mundo volar.

Inés sólo á Dios amaba,
Y Ana las horas pasaba
Causando á su hermana enojos,
Contemplándose en los ojos
Del hombre en quien adoraba.

De sus dichas anhelante,
Ví hacerse en el mismo instante,
Cual yo tenía previsto,
Las bodas de Inés con Cristo
Y las de Ana con su amante.

Quedóse en su claustro Inés,
Y en la celda que soñó
Con fervoroso interés
Sus verdes años hundió
Al cumplir los veintitrés.

Ana, en cambio, al dulce esposo
Rindió voluntad y alma,
Y en lazo eterno y dichoso
Trocó la virgínica palma
Por el conyugal reposo.

Bodas hizo por amor
Con hombre pobre y honrado,
Y de su hogar al calor
Cuando halló enemigo al hado
La paz trocando en dolor,

Con admirable entereza
Combatió sin queja alguna,
Libre de toda flaqueza,
Las burlas de la fortuna
Y el rigor de la pobreza.

Madre fué; y sus regocijos
Turbó la enemiga suerte,
Pero con ánimo fuerte
Arrancó á los caros hijos
De los brazos de la muerte,

Siendo su tierna enfermera
Y al pie de la amante cuna
De esperanzas mensajera,
Madre como la primera
Y esposa como ninguna,

Ve al esposo perseguido
Por su fe nunca vencida,
Y con valor decidido
Presta fuerzas al marido
En las luchas de la vida.

Con amantes invenciones
Le arranca de sus prisiones
Burlando al fiero enemigo,
Y logra verle al abrigo
De nuevas persecuciones.

Resiste en la desastrosa
Fatal ausencia forzosa
Mil amantes añagazas,
Pues para todo halla trazas
Su alma-virtud valerosa.

Y ante la creciente ruina,
De su hogar desmantelado
La honrada frente no inclina;
Que el trabajo inusitado
Lo torna en fecunda mina.

Mira á los hijos crecer
Los años viendo correr,
Y cuando en felíz aurora
Al sér ausente que llora
Vuelve en sus brazos á ver,

¡Ay! las civiles campañas
Llevan entonces consigo,
Tras de las vascas montañas
Donde aguarda el enemigo,
Dos hijos de sus entrañas.

Y mueren; y en sus dolores
Viendo á los hijos menores
Llorar, la matrona hermosa
Les pinta como gloriosa
La muerte de los mayores.

Y así aquel sér singular
Funde en el mismo dolor
Con enseñanza ejemplar,
De la patria el santo amor
Y las penas del hogar.

La muerte, en sus iras muda,
Entra, la segur desnuda,
En su rincón ignorado,
Y al dolor inveterado
Sigue el llanto de la viuda

Y al verse en su desconsuelo
Desamparada del cielo,
Siempre con los ojos fijos
En los adorados hijos,
Que son su constante anhelo,

Piensa, al calmar de la pena,
Que en su juventud serena
Fué su voz rico tesoro,
Y en vez de aplicarla al coro
La vierte sobre la escena,

Y la que niña cantaba
Sin aspiración alguna,
Y sólo su voz sonaba
Si á los hijos arrullaba
Meciendo la blanda cuna,

Hoy, en armónicos cantos,
Las almas rinde y conquista,
Y de su edad los quebrantos
Eclipsan los mil encantos
De la madre y de la artista.

Y acrecienta sus caudales,
Y en donde hay penas mortales
Hallan en su amor tutelas;
Labra templos, funda escuelas,
Ensancha los hospitales,

Y ve á sus hijos brillar,
Y esposas nobles lograr,
Que es de la madre la fama
Grandeza que el mundo aclama
Como la más ejemplar!

Acabada su carrera,
Blanca la cabeza honrada,
De los pobres compañera,
De su familia cercada
Por quien dió la vida entera,

Brilla en su hogar majestuosa
Su envidiable senectud,
Mujer, amante y esposa,
Madre, artista y muestra hermosa
De amor y genio y virtud.

¿Qué hace en tanto sor Inés?
Día á día, mes tras mes
Los años pasa rezando
Y al alto cielo mirando
De sus rejas al través.

Y orando y besando el suelo
Con un fervoroso anhelo
Que ningún pesar distrajo...
¡Allí está, ganando el cielo
Con poquísimo trabajo!

NUESTROS MAYORES

I

Quince de Abril del año treinta y siete:
Asuntos que mañana he de ultimar
Y si no los apunto en mi cartera,
Se me van á olvidar.
Ir á ver á la hermosa Guadalupe
(De tres á cuatro iré,
Que es hora en que ha de estar en la oficina
Uno que yo me sé.)
Escribir á mi padre disculpándome
De que el curso perdí,
Y engañarle con nuevas invenciones
Para quedarme aquí.
Tomar dinero al treinta y tres por ciento
Del bribón don Andrés

Para pagar lo que perdí en el monte
En lo que va de mes,
Por la tarde á batirme á quince pasos
Con el pobre Barón.
Si salgo con victoria, ir á gozarla
Con la hermosa Ascensión,
A comer á la fonda de Perona
Con Luisa y con Raquel
Para llevarlas luego á ver los célebres
Amantes de Teruel.
Al baile luego, y hasta el alba orgía;
Lo que fuere, será:
Hoy me gasto cien duros que me quedan,
Mañana... ¡Dios dirá!

II

Año sesenta y nueve. Diez de Enero:
Cosas que debo hacer.
Llamar al comadrón para que vea
Cómo anda mi mujer.
Ir á tomar el sol con mi señora,
Á misa y al sermón;
Comprar después unos zapatos hechos,
Anchos y sin tacón.
Ver si el niño salió bien del examen
Que ayer debió empezar,
Porque si no, le doy una paliza
Que le voy á doblar.

Firmar la escriturita ante el juzgado
En que al corto interés
Del cuarenta por ciento, he de prestarle
Mil duros al Marqués.
Por la noche á la Salve, y luego á casa
Á sudar esta tos.
Hoy he ganado ochenta y cinco reales...
¡Bendito sea Dios!

LA EDUCACIÓN Á LA INGLESA

Ayer, cuando al patrio amor
Era toda moda extraña
Y cuando inculta la España
Sentía tal vez mejor,

Todo el sentimiento hispano
Respondía á un interés:
Se despreciaba un francés
Y se amaba un castellano.

Hoy todo se hace á la inversa;
Trocóse el atraso en lujo,
Y por desastroso influjo
De una educación perversa,

Hay quien olvida quién es,
Y con error soberano
Engendra un sér castellano
Para educarlo en inglés.

Trajo orgulloso al país
Mi amigo el conde de Tal
Una inglesa, hembra ideal
Llamada en la casa *Miss*,

Y entrególe muy gozoso
Tres niñas encantadoras
Que por evitar traidoras
Artes del mundo engañoso,

Fueron de la *Miss* al seno
Para educarlas así,
Pues dice el padre que aquí
No se enseña nada bueno.

Diré, por si alguien lo ignora,
Que cuando cualquiera de esas
Interesantes inglesas
Se convierte en preceptora,

La autoridad paternal
Resume en sí por completo,
Lo cual, con todo respeto,
Me parece á mí muy mal.

Habla del padre á despecho,
Con las niñas grave y tiesa;
Las tiene al lado en la mesa,
Duerme cerca de su lecho,

Y ni papá ni mamá
Pueden mandar lo preciso
Si el discutible permiso
La *institutriz* no les da.

De este modo han de servir
Los padres para pagar,
Las ayas para mandar,
Las niñas para sufrir;

Y con tan triple deleite
Dicen las madres más tiernas
Que están las casas modernas
Como una balsa de aceite.

Educación que les dan:
No hablar nunca el español;
Grandes paseos al sol,
Y comer muy poco pan;

Historia rusa y francesa,
Walses y polkas al piano,
Algo de canto italiano
Y literatura inglesa:

Mucho dibujo y francés,
Mucho bailar rigodón,
Servir el té en el salón
Y rezar mucho *en inglés.*

Y así con todo este enjambre
De cosas que necesita,
Puede cualquier señorita
Morirse mañana de hambre.

Porque ¿cómo se comprende
Rezarle á Dios en inglés,
Cuando con ser Dios quien es
Pienso yo que no lo entiende?

¿Por qué hace un padre simplón
Que la niña en quien adora
Hable idiomas que él ignora
Y ayudan á la traición?

¿Ni cómo no ven los padres
Que esas niñas primorosas
Han de ser un día esposas,
Y, pese á Inglaterra, madres,

Y al dar días venideros,
Hijos al patrio sostén
Los españoles que dén
Parecerán extranjeros?

Sabias las quieren hacer,
Pero á fe que tanto monta,
Pues la que de niña es tonta
Necia será de mujer:

Y la que de hispana cuna
Sale con talento claro
—Con orgullo lo declaro—
Resulta como ninguna.

No aprendió á hablar en París
Nuestra gran santa avilesa,
Que á la gran santa Teresa
No educó ninguna *Miss*.

Nuestros pueblos atrasados
Dieron las Zayas y Agredas,
Las grandes Avellanedas
Y las tiernas Coronados.

Y no hace gran falta al dar
Á un hijo santa crianza,
Cantar bien una romanza
Ni hablar inglés ni bailar;

Que no hay canto en los hogares
De más dulce melodía
Que el de la madre que cría
Y al hijo arrulla en cantares,

Cuando á sus solas se engríe
Haciendo en íntimos lazos
Bailar al niño en los brazos
Viéndolo cómo se rie!

Esta educación interna
Las *Misses* no la comprenden,
Pues todas ellas pretenden
Ser de doncellez eterna,

Y educan niñas bonitas
Sin ver que, pese á los padres,
Lo que hay que educar es madres
Y no insulsas señoritas.

Van las patrias profesoras
Como tristes pordioseras
Y las ayas extranjeras
Como dueñas y señoras,

Y así nuestros lazos muertos
Queda la enseñanza en ruina,
El hogar sin disciplina,
Y los colegios desiertos.

Y al que me quiera probar,
Pese á los que las alaben,
Que nuestras hembras *no saben*
Y *no pueden enseñar*,

Dígole yo que esto es
Porque al verlas ignorantes
No les enseñamos antes
Lo que han de enseñarnos después!

Pero basta ya de homilia:
No he de negarles á esas
Interesantes inglesas
Que invaden nuestra familia,

Que aunque no son españolas
Las que mi sátira hirió,
Todas las que he visto yo
Son guapas como ellas solas.

Y si quieren mis enojos
Convertir en regocijos,
Que no eduquen á mis hijos...
Y tornen á mí sus ojos!

LAS POTENCIAS DEL ALMA

Pensando estoy hace tiempo
Con pesar que me consume,
Si las potencias del alma
Son beneficios ó cruces:
Cuanto más uso haga de ellas
Más temeré que me abrumen;
Los dolores que me causan
No hay doctor que me los cure.

La *memoria* me recuerda
Mis alegres juventudes,
Los días que se deslizan,
Las semanas que se escurren,
Los meses que se evaporan,
Los años que se escabullen,
Lo felíz que era yo antes,
¡Antes! cuando no lo supe,
Pues la alegría de Mayo

Sólo se aprecia en Octubre.
Los amores que pasaron,
Las dichas que ya no acuden
Y que se van alejando
Como en el aire las nubes.
Séres que quise y murieron,
Bienes mostrencos que tuve,
Y hoy soy yo el solo mostrenco
Que á mi caudal contribuye.
Los agravios recibidos
Que como fieras me rugen,
Pues de ellos en la memoria
Queda siempre algún apunte;
La obligación del domingo,
Los compromisos del lunes,
Los diez mil reales que debo
Por no perder la costumbre...
¡Ah! la memoria es apéndice
Cosido al alma á pespunte,
Que con perdón de los clérigos
Causa muchas pesadumbres!

Del *entendimiento*... entiendo
Que le tengo á todas luces,
Supuesto que la fortuna
Me ha dicho:—«allá te las busques.
Yo no atiendo á los que tienen
Cholla, mollera ó cacumen;
De pie nacen en el mundo
Los necios y los atunes,

Los tontos de medio lado,
Los avisados de bruces.»
Reino de los que más tienen
Es el mundo, no lo dudes,
Y siempre ha sido el dinero
Quitollis peccata mundi.
Ora se llame magnate,
Príncipe de sangre ó duque,
Ora banquero (que es título
De ricos y de tahures),
Ora público re-ídem
Ó ignorado transeunte,
Desde los glaciales rusos
Á los tibios andaluces
Dichoso aquél que ni piensa,
Ni razona ni discurre,
Pues ni siente ni padece,
Ni se malogra ni sufre.
¡Oh bárbaros de levita!
Salve, bípedos implumes,
Que entre bocado y ronquido
Pasáis la existencia dulce!..
Yo os envidio, desde el alto
Prócer, cuanto magno, *cursi*,
Que cual dorados cencerros
Arrastra sus grandes cruces,
Hasta el sereno pedestre
Que huyendo del sol la lumbre
En el quicio de una puerta
pasa el invierno insalubre

Con el chuzo entre las piernas
Dentro de un gabán de hule!
¡Oh venturoso el que nunca
Pensó!.. (que es mala costumbre
Cuando todos los gobiernos
Sin excepción la discuten).
¡Si el entendimiento es otro
De nuestros bienes comunes,
Contra un ignorante de oro
Quiero jugármelo al tute!

Pues la *voluntad* es prenda
Que más que todas me aburre,
¿De qué tenerla me sirve
Si el mundo servirla elude?
Si lo que quiero no logro,
Si lo que busco me huye,
Si mi voluntad no ejerce,
¿Para qué dentro en mí bulle?
Darle voluntad á un hombre
Que luego no le resulte
Es inconcebible estafa;
¡Si lo entiendo que me emplumen!
Querer es poder, han dicho
Mil testarudos ilustres:
Yo soy humilde y soy franco,
Mi voluntad me confunde.
Á mí me gusta una prójima
Aunque á ella yo no le guste,
Y á mí se me van los ojos

Tras de sus ojos azules.
Pues si ella el amor prefiere
Tal vez, de un segundo apunte...
Si las leyes no me ayudan
Ya que entrambos no me ayuden,
Ó sobra la voluntad
Ó el hombre es un acebuche!
Á mí me gusta el dinero
Y es natural que me guste
Y necesito una casa
Como la del bey de Túnez,
Pues voluntarioso y todo
Vivo cerca de las nubes.
¿Hay, pues, voluntad más necia,
Más estólida é inútil?
Tengo voluntad de hacerme
Un frac de color de azufre
Con unas mangas de corcho
Y unos botones de alumbre;
Mas la humanidad dispone
Que el día en que yo le use
Ha de apedrearme por loco
Porque ella no se disguste.
Quiero vivir á mis anchas,
Sólo, al amor de mi lumbre,
Pues he de aguantar visitas,
Chismosos que me embarullen,
Pedigüeños, consejeros,
Parientes, cargas y cruces!
Mi voluntad es dormir,

Mas es fuerza que madrugue;
Quiero vivir muy tranquilo,
Mi vida es un *via crucis*.
Quiero engordar; estoy flaco,
Quiero reir, estoy lúgubre,
Quiero comer pavo y trufas,
Pues he de comer legumbres!
Quiero ver el mundo hermoso
Y he de ver su podredumbre,
Huír quiero á las mujeres.
¡Dios mío, si son tan dulces!
¿Pues qué voluntad es esta
Ni quién demonios la sufre,
Ni cómo ha de ser dichoso
Quien siente, piensa y discurre?
¡Oh potencias engañosas!
¡Oh eterno enigma insoluble!
¡Corazón, cómo te engañas!
¡Alma, cómo te confundes!

EL COCHE DE PUNTO

El cuatro del mes corriente
Para ultimar un asunto
De carácter muy urgente,
Tomé un carruaje de punto
En la plazuela de Oriente.

Iba el caballo pausado
Y al oír la media noche
Dije en mi rincón echado:
—¡Qué cosas habrán pasado
Todo el día en este coche!—

Volvióse el cochero al ver
Mi curiosidad nacer,
Y puesto de media anqueta
Del pescante en la banqueta
Dijo:—Las va usted á saber.

Á las seis de la mañana
Salí á recorrer la villa,
Y una criada asturiana
Me hizo quitar la tablilla
En la plaza de Santa Ana.

La dejé en su obligación
Comprando berzas y atún,
Y un señor muy gordinflón
Me mandó ir á la estación
Á esperar el tren de Irún.

Llegó, y salió él al encuentro
De una hembra de ojos azules
Que ocupó del coche el centro
Con un niño y dos baúles...
¡Y todos iban ahí dentro!

Á las nueve en los Consejos
Tomó el coche un escribano
Y fuimos hasta muy lejos
Á embargarle á un valenciano
Tres ó cuatro trastos viejos.

Al volver, en una plaza
El paso nos embaraza
Un gran círculo de gente
En torno á un hombre decente,
Si he de juzgar por su traza,

Que se tiró de cabeza
De un balcón, y en medio al corro
Echaba la sangre á chorro;
Y lo llevé hecho una pieza
Á la casa de socorro.

Una muchacha trigueña
Me llama:—¡Donde usted mande!—
¡Á San Luis! me hace una seña...
Y entra por la puerta grande
Y sale por la pequeña.

Estaban dando las diez
Y llevé un reo al cadalso,
Y ya es la segunda vez
Que el escribano ó el juez
Me han largado un duro falso.

Pasé un horroroso susto,
Que esto siempre es un disgusto;
Y pasados mis agobios
Fuí á llevar á unos novios
Á la iglesia de San Justo.

Venían diez coches más
De éste delante y detrás,
Y el novio junto á la esposa
Le decía cada cosa...
¡Que era cosa por demás!

Después he ído al encierro
De los toros de mañana;
Después de cola á un entierro,
Y luego á la Castellana
Con una vieja y un perro.

Acabada esta carrera
Me tomó una costurera
Que entró en un chiribitil
Con uno que dijo que era
Ex-gobernador civil.

Al subir hacia el Retiro
Me llamaron á una voz
Dos hombres de aspecto atroz,
Que iban á pegarse un tiro
Al parador de Muñoz.

En esto ya anochecía
Y empezó á tomarme el coche
Una gente... ¡ay, madre mía,
Yo no sé lo que daría
Por no trabajar de noche!

Luego he llevado á un francés
A comer al café inglés,
Y me ha tenido hora y media;
A un bautizo á San Ginés
Y á un cómico á la Comedia.

A dos señoras al Real,
A un señor al Veloz-Club;
A un enfermo al Hospital
Y á la horchatería á un sub-
Secretario cantonal.

A un médico á su visita,
Luego á un cura, luego á usted...
—¡Alto! pára enseguidita!,—
Grité entonces yo,—maldita
La hora en que te alquilé,

Que ya próxima barrunto
Una lepra, una erupción
Y de males un conjunto:
Esto no es coche de punto,
Que es coche de admiración!

Los asientos me despiden;
Toma un duro y buenas noches,
No soy de los que reinciden...
¡No vuelvo á tomar más coches
Aunque me paguen el ídem!...

———

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DE REVILLA

Pues que tu marido es crítico,
Dile que yo, autor dramático,
Viera con gusto á tu cónyuge
Que es tan acerbo y cruel,
Dejar á un lado la péñola
Con que nos devora en público
Y por tí en lenguaje estético
Llenar mejor el papel.
De este modo, ese murciélago
De sus literarios prójimos
En vez de hiel hidrofóbica
Vertiera dulce pasión;
Y al juzgarte imparcialísimo
Diría que eres magnífica,
Y lograría sin réplicas
El favor de la opinión.
Dile, pues, que al hacer crónicas,

Que á mí me producen cólicos,
En vez de injuriar colérico
Vuelva los ojos á tí:
Que al echar contigo un párrafo
Se le calmarán sus ímpetus,
Y sus inocentes víctimas
Te amarán con frenesí.

SIESTA

¿Cuándo será aquel día
En que libre de angustia el alma mía
Goce del bien que hoy logra pasajero,
Y tenga libertad, franca alegría
Y quietud, y esperanzas... y dinero?

Tal, sentado en un poyo
A orillas de un arroyo
Que alivios con su són presta á mi pena,
Clamaba yo ayer tarde, haciendo un hoyo
Con la punta de un palo entre la arena.

Miraba en torno mío
La verde orilla del extenso río,
Los árboles frondosos,
Y entre las ramas escuchaba el pío
De los pájaros, libres y dichosos.

Veía pasar repleta
Con haces mil la secular carreta
Que iban llevando los tranquilos bueyes,
Marchando en la ignorancia más completa
Del mundo ruin y sus absurdas leyes.

Contemplaba á lo lejos
Del sol á los purísimos reflejos
En sus burros los mansos aldeanos
Que estoy seguro morirán de viejos
Según están de alegres y de sanos.

Miraba en medio al prado
Durmiendo boca arriba á algún soldado,
Haciendo en santa paz tranquila siesta
Y digestión del rancho acostumbrado,
Que envidio por lo poco que le cuesta.

Y entre la sombra obscura
De la arboleda, en plácida frescura,
Ancho y picudo y negro como un tordo,
Dando en calma un paseo un señor cura
Lento y tranquilo, y colorado y gordo.

Y yo entonces decía,
Con la sorda y tenáz melancolía
Que ha de matarme ó de volverme loco:
¿Será posible que la suerte mía
No me dé lo que á fe vale tan poco?

A fin de esta semana
Tornar debo á Madrid, del que se ufana
Sin gran razón la hispana monarquía,
Y yo arder ¡vive Dios! de buena gana
Desde el cerrillo de San Blas vería.

Allí los sinsabores
Me aguardan, cual despóticos señores
De mi cautiva voluntad tiranos,
para herirme cobardes y traidores
Atándome á su ley de pies y manos.

Allí las ambiciones
Que aleve en los humanos corazones
El sórdido interés funda y enreda,
Despertarán de nuevo mis pasiones
Que aquí duermen al són del aura leda.

Tendré murmuradores,
Y necios que me cuenten sus amores,
Y amistad que me estruje entre sus brazos,
Cómicos y empresarios y editores
Y *puntos* que me maten á sablazos.

Y en la primer semana
Iré perdiendo la color tan sana
Que aquí me dió benéfica Castilla,
Y veré al asomarme á la ventana
Árida y seca la famosa villa.

Denso polvo la cubre,
Envuélvela la atmósfera insalubre
En que el tifus es ya huésped eterno,
Y es desde Mayo hasta final de Octubre
Horno candente y cortesano infierno.

¡Oh! no, viva yo en calma,
Tiéndase el cuerpo en la mullida enjalma
Del verde musgo, y á la ley proterva
Que me manda volver, niéguese el alma
Y duerma yo sobre la fresca hierba.

Aquí, río adorado,
Respirando el ambiente embalsamado
Que al alma da consuelos infinitos,
Contemplando tu curso sosegado
Y oyendo cómo zumban los mosquitos,

Ya de la mente borro
El nombre de Madrid, y al campo corro
De necia vanidad rompiendo el yugo,
Puesto de bruces de la fuente al chorro,
Y en el bolsillo el clásico mendrugo.

Y en tanto allá me nombra
Quien de mi ausencia pertinaz se asombra
Y en mí no puede desfogar su ira,
Cante yo alegre y á la fresca sombra
Con el placer del que felíz respira!

Burgos 1878.

POBRE Y CONTENTO

Á ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO

Tú que en las intimidades
Hijas de nuestra franqueza
Pintas las enormidades,
Daños y fatalidades
De nuestra mutua pobreza;

Oye al que pobre y jovial
Y en estas materias ducho
Es un caso original:
Yo no tengo nunca un real...
Pero lo celebro mucho!

Dirás tal vez que estoy loco:
No á fe!—Que miento! Tampoco!
—Que me aturdo! No, señor!
Oye y júzgame mejor
Y vámonos poco á poco.

No tener nada, es vivir
Sin obligarse á pensar
En dudoso porvenir;
En aumentar ó adquirir,
Ni en recibir ni en pagar.

Es tener el corazón
Libre de orgullo comprado,
Rico de toda ilusión,
Es no cobrar atrasado,
No pagar contribución.

Mi pobreza es un cristal
Que deja ver mis acciones
Sin que se les juzgue mal;
Remedio contra ladrones
Y bandera... nacional.

Es, en fin, un verdadero
Placer que de noche y día
Me hace pensar cuanto quiero
En todo lo que yo haría
Si yo tuviera dinero!

Y como no está en lograr
La dicha, y sí en esperar,
Este pobre estado mío
No reconoce ni hastío
Ni temores de quebrar.

No tengo deudos que fueran
Si de mí heredar quisieran
Lo que otros malditos suelen,
Ni olivos que se me hielen,
Ni potros que se me mueran.

Mi campo nunca se agosta,
Ningún bandido se aposta
De mi huerta en los contornos;
No conozco más langosta...
Que la que sirven en Fornos.

Como no puedo prestar,
Nunca tengo que pasar
Por el dolor verdadero
De ver perdido á la par
El amigo y el dinero.

No puedo estar ocupado
En cargo, empleo ni oficio
En que ande el oro al contado,
Ni senador vitalicio
Que es oficio muy pesado!

Y en cambio, y sin que de abuso
Juzgue nadie el inconcuso
Derecho que ejerzo adrede,
Todo lo que hace el que puede
Lo ha de hacer... para mi uso!

Todo poder gobernante
Tiene ejército brillante
Repartido por ahí,
Con la misión importante
De darme la paz á mí.

El alcalde madrileño
Paga con tenaz empeño
Con muchos sueldos mensuales
Los guardias municipales
Que á mí me velan el sueño.

Yo tengo el barrio alumbrado,
Anchos y hermosos paseos,
Limpio y terso el empedrado,
Todo listo y preparado
Para servir mis deseos.

Los ricos, con sus millones,
Abren sus amplios salones
Con un esplendor que asombra,
Para que en su blanda alfombra
Baile yo mil rigodones.

Los ricos á derrochar,
Tú y yo para disfrutar!
Ahora es cuando yo me explico
Que hay hombre que se ha hecho rico
Para darnos de cenar!

Y no es sólo el sér humano
Quien con sin igual largueza
Sirve á mi deseo, ufano,
Pues se me viene á la mano
Toda la naturaleza.

Y yo que á rentas no aspiro,
Yo que desconozo el oro,
Posesor legal me miro
Del ancho Campo del Moro
Y del fragante Retiro.

Y allí hay guardas empleados
Para cuidarme las flores,
Y me tienen preparados
Árboles entrelazados
Y bandos de ruiseñores,

Tierno césped, blanco lecho,
El banco junto al repecho,
Y lo que á mí más agrada,
Que sin ocuparme en nada
Todo me lo encuentro hecho!

Tuviera, por Dios, que ver
Pensar yo al irme á acostar
En las ganancias de ayer
Y en el modo de ganar
Mañana al amanecer!

Hay un hombre de alta cuna
Que por su renta y fortuna
Al orbe entero admiró,
Y sin diferencia alguna
Va vestido como yo.

Come, y no pasa del frito,
Á la sopa ya está ahito:
Pues... ¿quién es aquí el pudiente,
Él, que no tiene apetito,
Ó yo pobre y con buen diente?

¡Con qué desdeñosa risa
Oigo yo que el Banco avisa
Que hay series falsificadas
Y que hay gentes ocupadas
En tan absurda pesquisa!

Pues si el oro verdadero
Lleva á tanto caballero
Al hospital ó al cadalso,
¿Hay nadie más majadero
Que el que hace dinero falso?

¿Qué es tener? ¡Ay! es luchar,
Engreirse, calcular,
Apurarse, no dormir,
Imponerse, avasallar.
Ponerse malo, y morir!

Pues si el humano trabajo
Ha de acabar el que viva
En un cajón largo y bajo,
Un poco ancho por arriba
Y algo estrecho por abajo,

Y como tú ya sabrás
Quien más pone pierde más
Y pocos cumplen noventa,
Creo que no negarás
Que sale la misma cuenta!

Yo, ajeno á ambición odiosa,
Pese á los hados adversos
Encuentro la vida hermosa;
Y con mi caudal de versos
Haciendo guerra á la prosa,

Bendita, amén, mi estrechez
Si llego á la senectud
Siendo, libres de doblez,
Mi capital, la honradez,
Y mi renta, la salud!

PODER DEL TIEMPO

Todo pasa; sólo Dios es eterno.
(Santa Teresa.)

Casaron Marta é Hilario,
Y en tres de Junio al casar
Acordaron celebrar
Siempre el magno aniversario

Con una alegre comida
En que familia y amigos
Fueran anuales testigos
De la paz no interrumpida.

Hubo el primer tres de Junio
Banquete en el rico hotel
Donde la luna de miel
Brillaba en su plenilunio.

Y hubo en la segunda fecha
Memorable y *supradicha*
Nueva expansión de la dicha
En la calma satisfecha.

Al año tercero, ausente
Se hallaba el esposo amante,
Que á una hacienda muy distante
Le llevó un negocio urgente,

Y á Marta, de tiempo escaso,
Una carta le escribió,
Y por cierto que llegó
Con dos días de retraso.

Al cuarto año, ya no intenta
La familia fiesta alguna,
Pues la esposa inoportuna
Está ya fuera de cuenta.

Al quinto en la casa había
En vez de la anual función,
Un niño con sarampión
Y otro con alferecía.

Llegó el sexto aniversario
Y estorbó la fiesta anual
El deslíz casi mensual
Del esposo atrabiliario,

Que hace en división muy honda
Que allí coman meses há,
La esposa con su mamá
Y el caballero en la fonda.

Otro año miran pasar,
Y el esposo arrepentido,
Regala á Marta un vestido...
Que no ha pensado en pagar.

Y la comida acabada
Dice á esposa y suegra unidas,
Que ya basta de comidas
Que no conducen á nada.

Y hoy que su odio se revela
Y están tras vida azarosa
Él viejo, y triste la esposa,
Y los niños en la escuela,

Cuando á saludarles voy,
Hilario empieza una carta
Y está diciéndole á Marta
—¿En qué día estamos hoy?

LAS CASAS BLANCAS

¡Madrid! Ya en el recinto
De tus hogares
Ha de entonar mi musa
Nuevos cantares;
Ya en tu agitado seno
Frívolo y vano,
Hará el poeta vida
De cortesano.
Tornará á hollar su planta
Tus mil salones:
Recibirá de nuevo
Tus impresiones.
Vivirá entre el encanto
De tu grandeza,
Y hallará en torno glorias,
Arte y riqueza.
Mas ¡ay! que ante el recuerdo
De lo pasado
Suspirará sediento
Del bien no hallado;

Y aunque le sobre en torno
Ventura y calma,
Buscando siempre en vano
La paz del alma,
No hallará en tus palacios
La poesía
De *aquellas casas blancas*
De Andalucia!



Del sol á los primeros
Rojos fulgores,
Entre los verdes campos
Llenos de flores,
Cuando á lo lejos suenan
Dulces cantares
En la extensión que pueblan
Los olivares,
Como blancas palomas
Desparramadas
Y sobre las esbeltas
Mieses doradas,
Lo mismo en la llanura
Que en el repecho,
Brillan las casas blancas
De trecho en trecho.
Derrama el sol en ellas
Su lumbre pura,

Y deslumbran la vista
Con su hermosura.
  Brotan en torno y crecen
En sus linderos,
Los árboles frondosos
Sus compañeros;
  Y la mansa corriente
Del ancho río
Para besar sus plantas
Busca un desvío.
  Y piensa el alma triste
Mirando al paso
Los albergues tranquilos
En el ocaso:
  ¡Oh Dios! Qué venturoso
Que yo sería
En estas casas blancas
De Andalucía!

*
* *

  Cuando el sol moribundo
Las cumbres dora
Y avanzando la rauda
Locomotora
  Salvando las distancias
Va como el rayo,
Al espirar los días
Del mes de Mayo,

La vista va sedienta
Y enamorada,
Deseándolo todo
Sin perder nada.
Aquí el tranquilo Bétis
Los campos riega,
Allá ostenta sus galas
La fértil vega.
Brilla la mies al rayo
Del sol de estío,
Y tornan las palomas
Al caserío.
Arde el cielo entre nubes
Tras las montañas,
Silba el viento ardoroso
Tras de las cañas.
Aquí el manso rebaño
Va de pasada,
Y allá pastan los bueyes
En la torada.
Y en campo y monte y vega
Ya cerca ó lejos,
Deslumbrando la vista
Con sus reflejos,
Sobre las amapolas
Que el viento mueve,
Brillan las casas blancas
Como la nieve.
La máquina sonante
Silva y se aleja

Y el viento entre las frondas
Con dulce queja
  Parece que nos canta
La poesía
De aquellas *casas blancas*
De Andalucía!

*
* *

  ¡Ah! La ley del destino,
Siempre tirana,
Me manda que á la corte
Torne mañana:
  En su inmenso recinto
Me aguarda impío,
Sordo, lento, incesante,
Traidor hastío;
  Mentirosos amores,
Tristes deberes,
Ilusorios halagos,
Falsos placeres,
  Ambiciones mezquinas
Y desengaños
Que harán largos los días,
Sin fin los años!
  En tanto el manso arrullo
De fresca fuente
Donde es azúl el cielo,
Fresco el ambiente,

La paz del campo hermosa
La dulce calma
Del que vive ignorado,
Llenan el alma!...

....

¡Oh, cuán hondos suspiros
Mi alma os envía,
Humildes casas blancas
De Andalucía!

Mayo de 1878. (Entre Córdoba y Málaga.)

LA HORA DE LA MUERTE

En torno á un lecho de muerte,
Y á su dolor entregadas,
Cuatro personas calladas
Piensan en la triste suerte
Del que da las boqueadas.

Muy mozo es el moribundo;
Que por designios extraños
De un sér en bienes fecundo
Va el padre á dejar el mundo
Al cumplir veintidós años.

Rodean su hundido lecho
Un padre enfermo y anciano,
Un cura enfermo del pecho,
Un ochentón escribano
Y un médico contrahecho.

El padre es un viejo chocho,
Precavido en tal manera
(Y á fe que no lo reprocho),
Que enviudó la vez primera
En mil ochocientos ocho.

Diz que el médico ha dejado
Aldeas y campos yermos
Con la gente que ha enterrado,
Pues cuentan que habrá *ultimado*
Veinte ó treinta mil enfermos.

El otro es un viejo enjuto
Que ha sido en ambas Españas
Pendenciero disoluto
Hombre de malas entrañas,
Y célebre por lo bruto.

Al cura he de respetar
Y de él no quiero decir
Que vió la vejez llegar
Sin más que comer, rezar,
Y dar la unción y dormir.

Todos, en fin, los presentes,
Han sido ánimas vivientes
Sin dificultad alguna,
Desde el mecer de la cuna
Hasta el caer de los dientes,

Viendo su vida lograda
Y su vejez conservada
Con insistencia que irrita,
Sin hacer cosa maldita
Que haya servido de nada.

Y todos van á vivir
Un poco más, si Dios quiere,
Y al bajo mundo al venir
La muerte sólo prefiere
Al hombre del porvenir!

Al que en precoz juventud
Anunciaba entre el dolor
De su insegura salud,
Inteligencia y valor,
Genio, y talento y virtud!

Que de la luz los reflejos
Á las miradas me roben;
Que yo contemplé de lejos
Á estos cuatro hombres tan viejos
Llorar á un hombre tan joven!

Voz que impones desde arriba
La ley que al mundo gobierna,
Permíteme esta invectiva:
¡Tu ley podrá ser eterna,
Pero no es equitativa!

En el album de Concha Martínez de Figuera.

(*Habla ella.*)

¡Por fin! ¡Ya el álbum volvió!
¡Gracias á Dios! Aquí está.
¡Ya el poeta terminó!
Un año justo empleó.
¿Qué demonios me dirá?

Á mes por verso ha salido
En dos años. ¡Dios piadoso!
¡Lo que él habrá discurrido!
¡Qué númen tan exprimido
Y qué pico tan premioso!

Ahora es cuando yo comprendo
Por qué en un año cabal
No le he visto. ¡Ya lo entiendo!
¡Como que habrá estado haciendo
Este segundo Escorial!

¿Y quién le va á dar ya quejas,
Si estará desmejorado
Y calvo hasta las orejas?
¡Ni un pelo le habrá quedado
Ni en la frente ni en las cejas!

¡Vamos á ver qué salió!
Leamos este proceso...
¡Miren qué se le ocurrió!
¡Qué soy bonita! ¡Pues eso
Ya me lo sabía yo!

Que soy buena, ¡es natural!
Siendo esposa y madre, es lógico.
Que voy derramando sal...
Pues si esto es climatológico,
Endémico-nacional!

Que mil galas tengo... ¿Sí?
Pues llenarán el papel.
Que me estima... Lo advertí.
¿Mas, si yo le estimo á él,
No ha de estimarme él á mí?

¡Qué falta de novedad!
¡Ave María Purísima,
Y cuánta vulgaridad!
¡Que tengo una hija lindísima!
¡Ay! esto sí que es verdad!

En esto sí que ha acertado:
En esto sí que ha probado
Que es un hombre distinguido.
Todo el tiempo que ha invertido
Lo doy por bien empleado!

Dirán que la poesía
No es verdad y que á porfía
Miente, en estilo vulgar...
Pues si ensalza á la hija mía
¿Cómo puede exagerar?

Cese ya, pues, mi desdén.
¡Qué bien la pinta! ¡Qué justo!
Dios le dé la gloria, amén.
¡Estos hombres de buen gusto,
Siempre hacen las cosas bien!

EN EL ALBUM DE DOLORES BARZANALLANA

Dolores; dichas y amores
Te brindan los mil primores
De tu encantadora edad:
Yo detesto las hipérboles
Y hablo siempre la verdad.

Eres joven, linda, hermosa,
Discreta, franca, juiciosa,
Dos como tú no se ven.
Pues teniendo tantos méritos
¿Quién no ha de quererte bien?

En fe de dicha futura
Oye la buena ventura
Que aquí te voy á augurar;
Te voy á hacer un pronóstico
Que no te puede fallar.

Tendrán tus frescos abriles
Adoradores á miles
Y en amante frenesí
Has de verlos hasta el tuétano
Enamorados de tí.

Te casarás con un chico
Guapo, noble, sabio, rico,
Que la fama heredará
Del eminente república
Tu respetable papá.

Serás tanto como hermosa
Feliz y adorada esposa,
Sin la menor desazón,
Y serán tus dichas célebres
Desde Madrid al Japón.

Y cuando en calma y querida
Veas al fin de tu vida
En dichosa senectud,
Gozando el dulce crepúsculo
De tu hermosa juventud,

Pese á envidiosos perversos
Al repasar estos versos,
Dirás, ¡cuán dichosa fuí!...
¡Qué agorero tan simpático!
Y te acordarás de mí.

VERSOS, MÚSICA Y MUJERES

Gloria, ambición, timbres, oro!...
Tal en sempiterno coro
—Sin experiencia ninguna—
Pide el hombre en su desdoro
Á la inconstante fortuna.

Toda es afanes la vida,
Toda es temor, toda lucha,
Eco que á sufrir convida
De una voz que el alma escucha
Dentro del alma escondida.

Medrar, subir, merecer,
Anhelar, temer, sufrir,
Acaparar, poseer
Y levantar y caer,
Y al fin y al cabo morir.

Si al fin de nuestra jornada
Todo da en muerte sombría
Y nada sirve de nada,
¿Hay más terca tontería
Que esta vida atropellada?

Me pides, amigo ausente,
Que mis deseos te cuente
Y que en dos pliegos cabales
Te haga saber francamente
Cuales son mis ideales.

¿Es la ambición? No, señor.
¿Es la gloria? No la espero.
¿Es el oro? ¡Oro traidor!
No, ni es gloria ni favor,
Ni es ambición ni dinero!

Yo,—si creérmelo quieres,—
Tengo tres asuntos graves
Que me dan muchos quehaceres,
Y son,—por si no lo sabes,—
Versos, música y mujeres.

De ellos con el alma llena
Vivo en constante alegría,
Son mi constante cadena,
Mi afán, mi noche y mi día,
Almuerzo y comida y cena!

Y mientras otros ansiosos
Pasan la vida afanosos
Con insensata locura
Tras los ochavos odiosos
Ó la ilusoria ventura,

Yo canto, yo versifico,
Rindo culto á la belleza,
Y con el alma en el pico
Soy el pobretón más rico
Que ha soñado la riqueza.

Porque hay en la poesía
Que el vulgo nunca ha sentido
Y alienta en el alma mía
Tanto misterio escondido
Que yo á nadie explicaría,

Que en lo que el más satisfecho
No halla encantos, siendo así,
Los veo yo á mi despecho,
Y el mundo entero se ha hecho
Para darme gusto á mí.

Del mar las ondas serenas
Le hablan en secreto al alma
Y en las blancas azucenas
Que de su fragancia llenas
La van dífundiendo en calma,

Y en la augusta inmensidad
Del gótico templo obscuro,
Y en la austera soledad
Del alto ruinoso muro
De la feudal heredad;

Y en el vago movimiento
De las ramas desprendidas,
Y del bosque en el concento
hasta en las hojas perdidas
Que se va llevando el viento;

En todo eso, que creó
Secreto artista fecundo,
Tesoros mi alma encontró
Que ha echado Dios á este mundo
Para que los logre yo.

La música es el arrullo
Con que se calman las penas
En todas las almas buenas,
Y desde el dulce murmullo
Del aura en noches serenas

Hasta la cuerda vibrante
Que lanza armónico acento,
Dulce y hondo y penetrante,
Arrastrando el pensamiento
Á otro mundo muy distante;

Y desde el marfil herido
Por la tierna nívea mano
Que arranca el eco escondido
Hasta el órgano cristiano
Del templo en dulce sonido,

No hay en la armonía un són
Que á mi tierno corazón
No le haga pensar, sentir
Y alimentar su pasión
Y en dulce olvido dormir.

Por eso á la par me encanta
Y á los cielos me levanta
Cual eco que el alma adora,
La poesía que canta
Y la música que llora.

Idiomas hondos, que son
De tan pocos comprendidos
Y que en rayos de pasión
Al entrar por los oídos
Embriagan el corazón.

De las mujeres, en fin,
¡Qué te diré, oh caro Juan,
Si el arte humano es tan ruín
Que ni en griego ni en latín,
Ni en francés ni en alemán,

Hay palabras, y lo siento,
Para decir lo posible
De este adorado tormento,
¡Ay, Juan! tan imprescindible
Que es nuestro quinto elemento?

Si es alma la poesía,
Si es la música pasión,
Sin la mujer ¿qué sería
La tierra? Una habitación
Completamente vacía.

Música y versos al par
Hacen al alma sentir,
Y este sentir sin cesar
¿Adónde ha de ir á parar
Sino á quien brinda á vivir?

¿Eres hombre? Pues las amas.
Vida y corazón las llamas,
Y si en su desdén te estrellas,
Aunque á veces las infamas,
No puedes vivir sin ellas.

Que ellas son luz y color
Y aroma y paz y consuelo,
Lucha, esperanza, temor,
Ambición, constante anhelo
Y aliento y vida y amor.

Por eso yo al admirarlas
Siento el arte al contemplarlas
Y ansío por merecerlas
Música para cantarlas,
Versos para encarecerlas.

Ajeno á toda ambición
Soy,—pues que saberlo quieres;—
Muy rico de corazón,
Porque mis caudales son
Versos, música y mujeres.

Déjame, pues, divagar
Dejando al tiempo volar,
Y olvidando mis tristuras
Gozar de estas tres venturas,
Querer, sentir y cantar!

LA VELADA

Cuando en las noches de Diciembre frío
Lluvia glacial azota mis ventanas,
Y al exterior, como en el mar bravío,
Suena el viento con ráfagas lejanas,
Yo, en la feliz dulzura
Del casto hogar, donde adorados séres
Brindan al pecho sin igual ventura,
Recónditos placeres
Con silencioso encanto saboreo,
Gozando el bien con que mi paz recreo.
Sentada en torno á la sencilla mesa,
De la lámpara humilde á los fulgores,
La familia en domésticas labores
La vista me embelesa
Reflejando mis íntimos amores.
Borda en silencio la modesta esposa
Al bastidor los claros ojos fijos,
Y mi madre amorosa
Trasmite cariñosa

Santas leyendas á mis tiernos hijos.
Sonrientes y afables y tranquilas
Dos amigas leales
Forman nevadas pilas
Separando de un lienzo blancas hilas
Que aguardan los exhaustos hospitales.
Óyese al par el recrujir del fuego,
La tijera sonante y rasgadora,
Ó el ágrio roce en que al fin de un pliego
Dobla las hojas la senil lectora;
Y allá, tras la cortina
En la estancia vecina,
Del vástago risueño
Cuya presencia me arrebata el sueño
Suena el último llanto
Con que su edad rebelde le importuna,
Y el amoroso canto
Con que le aduermen al mecer la cuna.
Brilla en la chimenea
La llama que la vista me recrea,
Y sobre ella, blasón de mi santuario,
Se ostenta el ramo de fragantes flores,
Prenda de mis amores,
Que anuncia el conyugal aniversario.
Ya van las hilas con su blanco brillo
Rebosando el nevado canastillo
Que la constante caridad refleja;
Y las manos piadosas
Descansan, sosteniendo cariñosas
La turgente madeja

Que el alma esposa con afán devana,
En su labor adelantando ufana.
Las nueve dan; y el amoroso infante
Aunque el dormir le enoje,
Sumiso al ruego de la madre amante
Al lecho se recoge,
Dejando en cada rostro que se inclina
Por ver su labio en el semblante impreso,
Tierno saludo con sonante beso,
Ya en dulce calma la familia queda
Sin que explayarse la niñez le impida
Oyendo lo que pueda
Turbar la paz de su inocente vida;
Y en plática seguida,
cada cual va animando el cariñoso
Diálogo afable, al corazón sabroso.
Ora en las dichas del amigo ausente
Se envidia la salud más que la gloria,
Ó al recordar la muerte de un pariente
Se consagra un recuerdo á su memoria.
Ya la abuela con pena
Censura rota unión á quien condena
El mundo airado, y con placer compara
La amante esposa, de su bien avara,
Su dulce paz con la desdicha ajena.
Recuerda entonces la amistad presente
Nuestras alegres bodas,
Y los nombres de todas
Las gentes que asistieron
Y la suerte distinta que corrieron;

Y el recuerdo al brotar del que es dichoso
Es grato al corazón regocijado
Deducir victorioso
El bien presente del afán pasado.
Así en los santos lares,
Que no turban calumnias ni pesares,
La velada invernal breve parece,
Y el alma se adormece
Dejando al viento que distante ruja
Cual són de la tormenta ya pasada,
Oyendo el són de la punzante aguja
Y el respirar de la vejez cansada.
Suenan entonces los rodantes coches
Con ruidos infernales
En estas largas noches,
Y á su estruendo retiemblan los cristales.
De fiestas mundanales
Anuncian el alegre movimiento,
Que en manantial fecundo
Al hombre brinda el bullicioso mundo.
En la vivienda espléndida vecina,
Donde el soberbio sin caudal se arruina,
Suena el compás de la sonora orquesta
Que invita al baile en la brillante fiesta;
Tal vez en otras mil al hombre ciego
El vicio le convida
Con la atracción del devorante juego
Que le trastorna en vértigo suicida;
Y en sordo vocerío
Pasan de la ancha calle entre el gentío,

Y al aire dando impúdicas canciones,
Los que su hogar do reina sordo hastío
Huyen, en pos de torpes expansiones.
¡Oh mundo externo que en tu són constante
Reflejas hoy mi juventud pasada,
Sigue tenaz con tu rumor distante
Prestando arrullo á mi feliz velada!

. . . .

. . . .

Ya del reloj la lenta campanada
Anuncia el fin del día;
Ya guarda el canastillo la preciada
Labor feliz de la consorte mía;
Ya dejan las amigas nuestros lares
Tornando á sus hogares;
La anciana hasta la puerta las despide,
Y al blando lecho su calor le pide;
Ya en soledad que el corazón desea,
Queda mi amor bajo el tranquilo techo,
Donde mi sueño á Dios pido que sea
Como el del hombre honrado y satisfecho.
¡Oh dicha inestimable y silenciosa!
Ya en torno al alma, de sus glorias llena,
La infancia duerme, la vejez reposa
Y el tierno acento de la casta esposa
Brinda el descanso á la habitual faena.
Sea su seno amante
Premio feliz de mi labor constante;

Y en tanto que en los lúbricos regazos
Buscan otros de amor traidores lazos,
Yo en el silencio de mi hogar risueño
Halle, al calor de los amantes brazos,
La santa paz del cotidiano sueño!

CRÓNICA POÉTICA [1]

Hoy es día de bulla y de alegría
En todo el Universo,
Y pues Madrid rebosa poesía,
Vamos á hacer una revista en verso
Cantando alegremente
A bultun tuum y calamo currente.

Feliz el noble pueblo castellano,
Depuesto el triste acento
Con que en fervor tradicional, cristiano
Celebró los del nuevo testamento
Misterios, con sus preces dolorosas
(Estas trasposiciones son graciosas
Y dan á estas revistas de misterios,
Cierto carácter de trabajos serios);
Celebra la felíz Pascua florida
Con la primer corrida.

(1) Publicóse esta crónica en la hoja literaria del periódico *El Liberal* en los primeros días de Abril de 1880.

¡Los toros! Ya llegó la época grata
Para el país de Montes y Romero,
Ya el claro sol, que el corazón dilata,
Brilla en el limpio azul del cielo ibero
Y alumbra con su luz esplendorosa
La magna fiesta, al español preciosa.
Hierve de coches la anchurosa vía
Recto camino á la caliente arena,
Y en ellos va la sal que España cría
Tierra bendita de hormosuras llena.
Copia del cielo alegre los celajes
La española y gentil mantilla blanca,
Que vela en sus finísimos encajes,
La fresca tez y la sonrisa franca:
Balancean las manos primorosas
Los abanicos mil, árabes galas,
Semejando mil blancas mariposas
Que al aire tienden las flotantes alas.
Asoma tras los pies conquistadores,
Que la falda crujiente oculta y veda,
La media que aprisiona en sus primores
Negro escarpín de perfumada seda.
Chasca sonoro el rutilante arreo
Del noble tronco cordobés brioso;
Y en rápido tropel, como el deseo
Que lleva al circo al madrileño ansioso,
Viene del Lavapiés y las Vistillas
La multitud con bulla atronadora;
Resuenan las alegres campanillas,
Cruje la fusta al restallar sonora.

Todo se junta en resonante *hosanna*,
La santa Pascua, alegre y placentera,
La fiesta nacional en gloria hispana,
Con sus himnos de amor la primavera!
¡Oh Madrid sin rival, límpido ambiente
Del fresco Abril, bajo el hermoso cielo
Que infunde la pereza entre la gente
Y al exhausto español presta consuelo!
¡Salud, padre Madrid, dorado nido,
Que en invierno albergó nuestras pasiones
Y del que surge el corazón dormido
Como del alba al placentero ruido,
Salen al aire alegres los gorriones!
¡Adiós de tus salones
El brillante oropel, adiós veladas,
Entre bailes y amores deslizadas
Ó en torno de la mesa
Tomando en pie salmón con mayonesa!
¡Adiós, teatro Real, circo de Rivas,
Comedia y Jovellanos,
Actores buenos, malos y medianos,
Actrices aflictivas,
Conciertos de Bretón, obras de Salas,
Comedias tristes y zarzuelas malas!
Adiós las del Congreso
Eternas ¡ay! sesiones provechosas,
Donde de su elocuencia en el exceso
Olvidan los que mandan tantas cosas.
Adiós, en fin, invierno, en cuyos días,
Que eternos vió el doliente y lastimero,

Han dado tus traidoras pulmonías
Tanto que hacer al respetable clero.
Bien lo dicen los cánticos. *Iam ycra*
Est de surgere somno! alegre aurora
Luce en el mundo; el campo brota flores
Y la vida doméstica acreedores,
Y ya Madrid buscando su respiro
Los ojos vuelve al Prado y al Retiro.
Vendrán las noches de apacible calma
En que escuchando á Wagner y á Bethoven
Se ensanchará junto á su novia el alma
Del que se siente en los amores joven,
Encanto sin igual, dulce misterio
Del que toma este asunto por lo serio
(Pues al que amor le dió vista cansada
Ni le hace efecto ni le sabe á nada).
Comenzarán de Mayo las carreras,
Hermosa diversión de las afueras;
Los viajes, donde en tumbos y vaivenes
Chocarán los viajeros y los trenes,
Y saldrán los ladrones
Á esperarnos en muchas estaciones.
Irá la gente á Biarritz y Aguas Buenas
Y á cien lejanas playas cuatro meses,
Prefiriendo á las propias las ajenas,
Para darles dinero á los franceses;
Habrá en Madrid verbenas
Y anuncios de jaleos
Que quedarán cual siempre en los deseos;
Y, en fin, sucederá de aquí al estío

Lo que siempre pasó en la patria mía;
¡Oh triste y sin igual monotonía!
Bien vengas, pues, Abril, tiempo florido,
Y pues ha concluído
La época de vigilias y sermones,
Tornen á respirar los corazones!
La señora Marini, actriz muy buena,
Vuelve á reinar en la española escena.
¡Salud á la Marini!
Y en el templo de Wagner y Bellini
Saldrá un bajo español que firma *Huetam*
Y es de aquellos que *petam*
Ante todos los públicos de Europa;
Hombre de mucha voz y buena ropa
Que se llama Matheu (estos Matheus
Deben de ser de Lérida ó de Reus).
En la Alhambra la *troupe* de la Comedia
Por complacer al público se afana,
Y allí está la Valverde, actríz y media,
Que otros llaman Balbina y yo *barbiana*.
Zamacois en Eslava hace sin tasa
La fortuna del dueño de la casa,
Que ve por este actor tan macareno
La casa henchida y el bolsillo lleno.
También tenemos ya circo de *Price*
(Pronúnciese lo mismo que lo dice
Un cierto amigo mío de buen pelo
Que es el de la *Gifelife* de Horcajuelo).
Y, en fin, para el que juzgue que en Castilla
No hay distracción (pues se cerró la Iberia),

Monte en el tren *express,* vaya á Sevilla,
Donde el quince de Abril se abre la feria.
Yo daría un *sextercio,*
Consonante forzoso de comercio,
Á quien otro en la prisa hallar no pudo
(Y no dirá Clarín que no le ayudo)
Por terminar aquí, pues que ya es tarde,
Con versos á lo Grilo ó lo Velarde,
Que en esto dulce de primores lleno,
Con su rica y ardiente fantasía
Dan ocasión de vomitar veneno
Á coleguillas de menor cuantía;
Pero, pues es mi musa de tal modo
Que en poniéndome serio ya me avisa
Que no debo seguir, y todo, todo,
Sin poderlo evitar, me causa risa,
Doy punto, haciendo, con asombro mudo,
Al mes de Abril mi fraternal saludo.
Y viendo en torno de Madrid las flores,
El cielo azul, el campo sonriente,
Mujeres bellas difundiendo amores,
Música alegre y perfumado ambiente,
Hoy repitiendo al escritor de antaño,
Quiero cantar con alma conmovida:
—¡Oh primavera, juventud del año!
¡Juventud, primavera de la vida!

DELICIAS DEL CAMPO

(PARODIA DE LA POESÍA «EL CAMPO», DE GRILO.)

¡Oh qué dichosa vida
La del que en dulce calma recoleta,
Se va por la escondida
Pelada senda escueta
Donde no tiene nadie una peseta!

¡Cruzar por los senderos
Que llevan á los húmedos pinares,
Sufrir los aguaceros
Y entre dulces cantares
Calarse el cuerpo cuando llueve á mares!

¡Vivir entre las breñas
Y andar del campo entre las verdes matas
Y piedras berroqueñas!
Subir el monte á gatas,
Dormir en ventas, y comer patatas!

¡Gozar de las fatigas
Que causan con dolores infinitos
Las ásperas ortigas,
Y oir á los chorlitos
Y dejarse picar de los mosquitos!

¿Dó habrá placer más grato
Que oir el són de las brillantes hoces
Y disfrutar del trato
De los que hablan á voces
Soltando en cada frase un par de coces?

¿Quién feliz no se ufana
Viendo al par del igual tronco vacuno
La rústica aldeana
Sin afeite ninguno
Y trascendiendo á migas y á chotuno?

¡Quién con hondos suspiros
No ha de oir tras la selva embalsamada
Del cazador los tiros,
Sufriendo inesperada,
Súbita, posterior perdigonada!

¡Junto á la mies de oro
Ver pastar la torada en la maleza,
Y al ver que el raudo toro
Arranca con presteza
Arrojarse á un estanque de cabeza!

¡Del cenagoso río
La suave emanación tomar sin ganas,
Y en las noches de estío
Al cantar de las ranas
Coger unas palúdicas tercianas!

¡Oh necio el que en la odiosa
Madrileña existencia en tenaz yerro
Vive, mientras reposa
Feliz en su destierro
El hombre tosco de escopeta y perro!

En una mesa coja,
Huérfana de mantel por uso añejo,
Hambriento desaloja
De algún puchero viejo
El saludable y clásico abadejo.

Y entre las blandas gachas
Y el pan moreno de corteza dura
Que no lo parten hachas,
De un sorbo ansioso apura
El fresco dón de la fontana pura.

Allí en la satisfecha
Vida de tantos vates dulce hechizo,
Contempla su cosecha
Que un viento la deshizo
Y el melonar que acogotó el granizo!

De sol á sol labrando
Recibiendo su lumbre en los riñones,
Su vida va pasando
Entre pisar terrones
Y ayunar, y pagar contribuciones!

¡Oh dulce aire colado!
¡Oh vasto campo de langostas lleno!
¡Oh valle ponderado
Por tanto vate ameno
Que saben de seguro lo que es bueno!

Yo que tanto amaría
Tener el paladar de fuerte muro
Y disfrutar podría
Del ajo sano y puro
Y el pan de munición áspero y duro!

Pensando estoy con pena
Por qué he de ser un hombre desdichado
Que come pan de Viena
Y *rosbeaf* bien pasado
Y apura el vino seco amontillado!

Gócente en su ventura
¡Oh campo! los que en lucha cotidiana
Te arrancan tu verdura,
Que aleve yo, mañana
Me he de comer con hambre cortesana!

Yo derramando á mares
Lágrimas por tu ausencia dolorosa,
Comeré en mis hogares
Carne blanda y sabrosa,
Sostén constante de la humana prosa!

Y en tanto que al sentido
Baña el aire sutil que el huerto orea
Con amante quejido,
Mi triste suerte sea
Dormir ante la henchida chimenea.

Y oyendo el dulce acento
Del aire puro en la glacial mañana,
Yo en ancho y blando asiento
Te admire en monte y plana
De lejos, y á través de mi ventana!

A LUCAS

Estudiante de medicina y enamorado.

Te quejas, Lucas amigo,
Con palabras nada cultas,
De las novias que te engañan
Y las penas que te abruman.
Y tanto ofendes al sexo,
Y con tan creciente furia,
Que yo para defenderle
Cojo esta tarde la pluma.
Todas las cosas del mundo
Tienen acíbar y azúcar;
La cuestión está en tomarlas
Por el lado que nos gusta.
¿Mundo sin hembras, qué fuera?
Vasto limbo, noche oscura
Donde el hombre harto de vida
Muriera de verse ayunas.
Si son malas ó son buenas
No lo pondré yo en disputa.

Sólo sé que hay que tomarlas
Como son, pues que son únicas
Que ésta ó aquélla, inhumanas,
Te dan guerra ó te dan murria;
Pero, señor, donde hay tantas
¿Quién va á perderse por una?
Aún tienes sobre la frente
Mucho pelo, amigo Lucas,
Y yo que en mi calva-trueno
Llevo del amor denuncias,
Voy á probarte ahora mismo,
Sin teorías abstrusas,
Que el que toma en serio cosas
Que no deben serlo nunca,
No puede menos de verse
Cual tú, pobre criatura,
Con ictericia constante,
Torva la mirada y mustia,
El corazón trasnochado
Y el bolsillo sin pecunia.
Has de saber, hijo mío,
Que estas raras hermosuras,
Echadas por Dios al mundo
Para eterna travesura,
No tienen otra delicia
Desde el albor de su cuna,
Que ver cómo nos afilan
Y que acabemos en punta.
De solteras nos atrapan,
De casadas nos extrujan,

Y de viudas... es muy largo
Este cuento de las viudas.
Lucha constante, es la eterna
Unión que acaba en coyunda;
Cosas de hombres y mujeres
No son acuerdos, son luchas.
Y así como en ténue tela
Que teje la araña astuta,
Cae la imprevisora mosca
Cuya sangre aleve chupa,
Del mismo modo las hembras,
Con labor constante y muda,
Te van armando la trampa
Donde tú, mosca errabunda,
Pensando que había mieles
Vienes á encontrar cicuta.
Salvarse de estos peligros
Siempre ha sido ciencia infusa,
Que ni los libros la enseñan
Ni la predican los curas.
Y el que á fuerza de vaivenes
No aprende á tragar espumas,
Que no se embarque en amores
Do la tormenta es segura.
Cuando tú ves unos ojos
Que en los párpados se ocultan,
Haciendo dulces visajes
De cordera moribunda;
Cuando por entre la falda
Que recoge mano astuta,

Ves asomar un pie breve
(O largo), pero que anuncia
La vecindad tentadora
De lo que á la vista oculta
La negra excitante seda
Que el opoponax perfuma;
Cuando entre los frescos labios
Que sonrientes murmuran,
Palabras dulces de amores
Con arrobamiento escuchas
Fascinando tus miradas
La igual nívea dentadura;
Cuando, en fin, contemplar sueles
Con melancolía muda,
Los escultóricos hombros,
La tez de tersa blancura,
O el flexible esbelto talle
De una mujer que deslumbra
Tus ojos, de amor sedientos,
Tu alma, de pasiones tumba,
Piensas, crees, presupones,
Imaginas, sientes, juzgas
Que no hay más mujer que aquella
Ni puede darte ninguna
Los tesoros que ambiciona
Tu avarienta calentura.
Pero ven acá, inocente,
Desecha esa idea absurda;
¿Tan pobre es la especie humana
Que hoy catorce de Abril fundas

Toda la humana belleza
Y la bienandanza suma,
En ese cuarto segundo
De la calle de la Ruda,
Donde seis Vénus conquenses
Le dan vueltas á la aguja?
¿Pues tú no sabes, incauto,
Que de humanas criaturas
Hay mil doscientos millones,
Según recientes compulsas,
De los cuales, por lo menos
La tercera parte justa
Es de mujeres tan guapas
Y de tan varia hermosura,
Que yo no sé qué daría
Por cenar con todas juntas?
Piensa bien los ojos negros
Que da un millón de figuras,
Desde las ardientes árabes
A las sectarias de Budha.
Calcula tú si en sus pechos
(Y aquí el plural no es de hechuras)
Habrá pasiones á gusto
Del consumidor de angustias.
Dime si las largas horas
De imponderable amargura
Que te han dado y han de darte
María, Antonia y Angustias,
Carmen,Casilda y Dolores
Y Sempronia y Rudegunda,

Y esa epidemia de novias
Que en mengua de tu ventura
Te han hecho perder el curso
De anatomía quirúrgica,
No te las hicieran dulces
Otras mil más pudibundas
Que están esperando novio
Con una prisa que asusta.
Has de saber que en el mundo,
Que es tierra grata y fecunda
Quien mucho siembra, algo coge,
Y Dios da *ciento por una.*
Yo he notado en mis verdores,
Que ya van siendo *negruras,*
Que daños de la morena
Me los calmaba la rubia,
Y lo perdido en España
Lo recuperaba en Rusia.
La más hermosa del mundo
Llamé á una isleña de Cuba,
Y una negra, junto á Tébas,
Se me figuró hermosura.
Corriendo la hermosa Flandes,
Me engañó en Gante una rusa,
Y en Brújas otra hizo el gasto;
Siempre da el amor en Brújas.
Médico has de ser en breve;
Por serlo, á la vida buscas
Sus más íntimos secretos
Con experiencias que asustan.

Tú que en el anfiteatro
Con la escolar turba multa
Tantos rígidos cadáveres
Trinchas con mano segura
Donde yertos corazones
Hacen oficios de trufas,
Ve cuando caiga en tus manos
Cadavérica hermosura,
De la que tal vez por serlo
Paró en aquella espelunca,
Ve si el corazón conserva
Las imágenes oscuras
De cien galanes distintos
Que allí encontraron su tumba.
Y á fe que suspenso digas:
—Parece mentira, Lucas,
Que en tan poco espacio quepan
Tantas liviandades juntas.
¡Oh, sí! Mientras tú, inocente,
Por una sola te apuras,
Ellas te dan el ejemplo
Multiplicando errabundas
Esa edición microscópica
De amante literatura.
Y pues que libre y soltero
Vas en busca de aventuras,
Ó saber serlo de veras,
Ó refugiarse en la curia.
¿Quiéres una sola? Cásate;
Da dulce tregua á la lucha,

Busca compañera honesta
Que en doméstica dulzura
Te haga olvidar tantas gracias
Como por el mundo abundan;
Y si entonces, desdichado,
Se renueva en tí la furia
Con que hoy á todas las hembras
Desaladísimo buscas,
No uses más, te lo suplico,
De ese corazón de azúcar,
Al cual desde este momento
Debes de ponerle funda,
Para que no se te ponga
Como una breva madura.
Hasta que llegue ese instante
(¡Que ojalá no llegue nunca!)
Diviértete y gasta poco,
Prepara honesta coyunda,
Y si te casas, que sea
Después que el examen sufras
De la médica carrera
En sus mil asignaturas.
Que pues todas las mujeres
Saben las humanas luchas,
Ya con tu título en mano
La defensa es más segura.

Carta á un padre desdichado
Que me escribe entusiasmado
Por si quiero ser padrino
De un rorro que Dios le ha dado,
Robusto sietemesino.

Me escribes, caro Gaspar,
Que el pollo ha roto ya el huevo,
Y que yo tengo ya un nuevo
Servidor á quien mandar.
Yo celebro el nuevo lazo
Que tu consorcio ha tenido,
Y más si el niño ha traído
Un pan debajo del brazo.
Pero en esto soy ya ducho,
Y en mí es cosa averiguada
Que el rorro no trajo nada
Y que te va á costar mncho.
Muy contento me lo avisas,
Muy alegre me das parte;
Házme el favor de esperarte
Y te lo dirán de misas.
Que mientras tu amante llueca
Y tú halláis el parecido
Del niño recién nacido

Con un rollo de manteca,
Y le véis siempre risueño,
Y le admiráis por tranquilo,
Y lo levantáis en vilo
Y le acariciáis el sueño,
Yo te diré, como es uso
En mí y aunque no te cuadre,
Que eso de que seas padre...
No puede ser más abuso.
Díme, tonto, majadero,
¿Cómo á tu prole mantienes?
¿Con qué permiso hace nenes
Quien no sabe hacer dinero?
Pase al fin que á tu mujer
Consiguieras atrapar,
Si ella asintió á cultivar
El arte de no comer.
¿Pero quién no te maldice
Por creador del destino
Del pobre sietemesino
Que me ruegas que bautice?
En tu inaccesible hogar,
Del barrio de Lavapiés,
Que está á catorce mil piés
Sobre el nivel de la mar,
Has hecho empinado nido
Con aquel sér que me asombra,
Y no tiene ya ni sombra
Porque tú te la has comido.
Y esperando á colocarte

Y sin tener que comer
Te entretienes en tener
Niños, de que me das parte?
La acepto; que de algún modo
Te he de ayudar, yo que puedo,
Y con tu parte me quedo,
Pues tú no podrás con todo.
Pero no esperes jamás
Que por ser yo su padrino,
Tenga tu niño el destino
Que ya imaginando estás.
No; tu niño, á quien aguardo
Ver vivir, por irrisión,
Con mala alimentación
Crecerá como un bigardo.
Y cuanto más infinito
Sea tu mísero estado,
Será él más adelantado
Y tendrá más apetito.
Se burlará de tu afán
Con desarrollo creciente;
Ha de echar el primer diente
El día que no haya pan.
Será listo y aplicado,
Con talento que le sobre,
Para que el papel de pobre
Le parezca desairado.
¿Qué vas hacer aquel día
En que al chico, padre topo,
Le manden coger el chopo

Y entrar en infantería?
¿Cómo le vas á enseñar
Lo que él ha de merecer?
Todo el que quiere aprender
No se libra de pagar.
Llorarás sus pretensiones
Al llorar sus vanidades,
Creará necesidades,
Adquirirá obligaciones.
Y como será muy guapo,
Y te encantará el mirarle
Y no podrás ayudarle,
Te ha de poner como un trapo!
En fin... ya basta de bromas,
No me presto á apadrinarle;
¡En lugar de bautizarle
Es mejor que te lo comas!
Pues para mí es inconcuso,
Aunque la razón te sobre,
Que el tener hijos un pobre
Es incomparable ábuso.

LA PENITENCIA

Fué á confesar un cuitado
Que, por miedo ó repugnancia,
Desde su más tierna infancia
No se había confesado.

—Padre, exclamó con fervor,
Mis culpas vengo á contar,
Porque me voy á casar
Y soy un gran pecador.'

Y á no ser porque me caso,
Pienso que no confesara
De miedo que me causara
Dar este cristiano paso.

—¿Pues tanto, hermano, pecó?
Dijo el cura con espanto.
Y él respondió:—Ha sido tanto,
Que casi se me olvidó.

—¿A Dios ofendiste?—Sí.
—¿Blasfemaste?—Sí.—¡Qué escucho!
¿Faltaste á tus padres?—Mucho.
—¿Matastes?—Maté y herí.

—¿De torpes livianos goces
Abusaste?—Hasta el hastío.
¡Ay! en eso, padre mío,
tengo pecados atroces.

—¿Y robaste...?—Su dinero
Le robé al grande y al chico,
Como industrial, como rico,
Como hombre y como usurero.

—¿Y mentiras?—¡Infinitas!
—¿Y deseaste mujer
Ajena?—¿Pues qué iba á hacer
Si suelen ser tan bonitas?

—¿También los bienes ajenos
Codiciaste?—Sin reposo;
He sido tan codicioso
Como el que más y el que menos.

En fin, padre, mis pecados
Han sido tantos y tales,
Que no habrá muchos mortales
Más dignos de condenados.

Pero mi arrepentimiento
Es grande y extraordinario
Y al pie del confesonario,
En este grave momento,

Vengo á pedirle perdón
Y absolución de mis daños.
Y el cura, tras mil regaños,
Entre cristiano y hurón,

Dijo:—En el día del juicio,
Hijo, te van á hacer polvo;
Pero en fin, *ego te absolvo*,
Por mí no sufras perjuicio.

El penitente, que en ascuas
Estuvo mientas oyó,
De la iglesia se marchó
Más contento que unas páscuas.

Pero al salir de la puerta,
Antes de doblar la esquina,
Una duda repentina
En su mente se despierta.

Y es que por tanto pecado
El cura que los oyó
Penitencia no le echó,
Como es uso acostumbrado.

Y por si tanta bondad
Fué un olvido involuntario,
Tórnase al confesonario,
Y allí, con nueva humildad,

Dice:—Padre, á mi conciencia
Repugna engañar á usted;
¿Se le olvidó á su merced
Echarme la penitencia?

Y el cura:—¡Oh que bruto eres!
Díme, pecador vulgar,
Pues si te vas á casar.....
¿Qué más penitencia quieres?

COSTUMBRES

Censuraba un alemán
La monomanía extraña
Con que los hombres de España,
En raro y constante afán,
Siempre sedientos de amores
Faltando á nobles deberes,
Persiguen á las mujeres
Para irles echando flores.
Juzgaba el tal cosa rara
Tan sólo en España en uso,
Ese encantador abuso
De andar volviendo la cara
Para observar por delante
Á la hermosa transeunte
Tomando un mental apunte
Del atractivo semblante.
Y contándome apurado
Lo que suele suceder
A su señora mujer

(Que es por cierto gran bocado),
Un caso me refería,
Que le parece inaudito,
Y yo sostengo, y repito,
Que á él no más le extrañaría.

***

Salió á misa una mañana
De éste mi amigo la esposa,
Bella y gentil cual la rosa
Que el sol de Mayo engalana,
Repicando los tacones
Sobre la sonante acera,
Pasmando á la corte entera
Y arrollando corazones.
Al contemplarla tan bella,
Dándole enojos al sol,
No encontraba un español
Que no se fuese tras ella.
Y sin faltarle al respeto,
Antes con frase pulida
Del alma misma salida,
Ya en alta voz, ó en secreto,
Le iban echando al pasar
Tantas flores, tantas perlas,
Qu si pudiera entenderlas
No le debieran pesar.
Quién con estilo jovial
Llámala *sol* y *lucero*,

Éste la llama *salero*,
Éste *puñado de sal;*
Quién hay que el rostro se tapa
Por no cegar con su luz,
Y hasta un galante andalúz
Tiéndele al pasar la capa,
Y ella, roja de rubor,
Más bello cuanto más mudo,
Redobla el paso menudo
Esquivando tanta flor.
Pero aquí, y en cualquier parte
De España, el galán que asedia,
Sabe andarse legua y media
Sólo por amor al arte.
Uno, entre todos los mil
Que á la pudibunda esposa
Requiebran con voz ansiosa
Y en insistencia febril,
La acosa con tal cansera,
Que ya el público lo ve
Y hay aquello de «oiga usté,
»No corra de esa manera.
»¿Qué hay en esto que la extrañe?
»¿Me va usté á oir un momento?
»¡No me dé usted más tormento!
»¿Quiere usted que la acompañe?
»Bendita sea la hora
»En que la he hallado á usté;
»¿Dónde hay misa? ¿en San José?
»¡Qué guapa es usted, señora!

»Por hermosa y atractiva
»Ninguna en Madrid la iguala.»
Y la mujer, ala, ala,
Calle abajo, calle arriba,
Impaciente, sofocada,
Suspirando, resudosa,
Anhelante, fatigosa,
Encendida y reventada!
El cansancio al fin la vence;
Exige al galán callar,
Anuncia que va á gritar;
El hombre no se convence.
Terminar por fin decide
Aquel callejero idilio
Reclamando ya el auxilio
Que en toda justicia pide
Al guardia municipal,
Quien según la tradición
Cumple con su obligación
Recostado en un portal.
Le ve la consorte fiel,
Y creyéndose segura
Y acabada la ventura,
Corre en dirección á él.
Y el guardia, viéndola así,
Comienza á decir á gritos:
¡Vivan los cuerpos bonitos!
¡¡Así me gustan á mí!!

....

Huye entonces desolada,
Toma un coche á toda prisa,
Vuelve á su casa sin misa,
Perseguida y enojada.
Y el automedonte inmundo
Le dice:—de balde iré,
Que á mujeres como usté
Las llevo yo al fin del mundo!
¡Oh país extraño y raro,
—Grita la ofendida hermosa,—
De educación tan dudosa
Y de tan terco descaro!
Y yo de entusiasmo lleno,
Pese al alemán y al ruso,
Digo:—¡Podrá ser abuso;
Pero, señor, es muy bueno!

PALABRAS DE SOBRA

Llegó don Felipe Aldama
En día triste y fatal
A la oficina central
A expedir un telegrama.
Decía así:—«Juan Pelgar,
»Farmacéutico.—Algodor.
»Te avisamos gran dolor;
»Padre acaba de espirar.
»Ven á Madrid al momento
»Arreglar disposiciones;
»Heredamos tres millones;
»Martes abren testamento».
Y firmando la receta,
Sacó el precio del bolsillo
De un telegrama sencillo,
Es decir, una peseta.
Aquí hay palabras sobrantes,
Dice uno de los que cobran;

Hay que quitar las que sobran
O hay que pagar las restantes.
Y el hijo desconsolado,
Leyendo en acento quedo
Y contando con el dedo
Las palabras que ha estampado,
Dice por fin:—Sí, señor,
Sobran dos; da el telegrama
Y tras una pausa exclama:
—Quítele usted «gran dolor».

¿MADRID?

Á DOS AMIGOS PROVINCIANOS

Me preguntáis desde el Norte
(Y os voy á dar la respuesta)
Qué es Madrid, cómo es la corte,
Qué especie de cosa es ésta.

Y pues la fortuna tengo
De habitarlo, al punto oíd;
Voy á ver si os entretengo
Contando lo que es Madrid.

Madrid es un pueblo hermoso,
Especialmente por fuera,
Con un río tan copioso...
Que se lo bebe cualquiera.

En su corte celebrada
Hay gentes del mundo entero:
Casas con mucha fachada,
Tontos con mucho dinero.

Mande en la corte quien mande,
Madrid, por fortuna extraña,
Es una esponja muy grande
Que se está chupando á España.

Viven aquí en armonía,
Y tienen asiento eterno,
El lujo, la pulmonía,
La vanidad y el gobierno.

Es dulce y amable el trato,
Dulce el clima hasta el exceso,
Se caza, pero en el plato,
Y se pesca en el Congreso.

Grita más el más danzante,
Quien más pone, pierde más;
Se acaricia por delante,
Se murmura por detrás.

Así, por varios caminos,
Y conforme nos conviene,
Todos aquí somos finos,
Por la cuenta que nos tiene.

Y así es este celebrado
Centro de tantas grandezas,
Un mónstruo bien educado,
Con seiscientas mil cabezas.

Intrigas, artes y dolos
En lucha eterna se ven;
Los hombres se pintan solos,
Y las mujeres también.

Hay aquí muchos tesoros
De virtud, aunque escondidos,
Hay en primavera toros,
Y todo el año maridos.

Todo el año, día y noche,
Constantemente se ve,
Al que no trabaja, en coche,
Al contribuyente, á pie.

Lujo y vanidad tiranos
Arruinan á muchas gentes,
Y tienen los escribanos
Muchos asuntos pendientes.

Suenan petardos que espantan
Al pacífico vecino,
Y los muertos se levantan...
En las mesas del casino.

Lucen los días serenos,
Y están inviernos y estíos
Los teatros siempre llenos,
Los templos casi vacíos.

Son *políticas* las damas,
Debe el más pobre tesoros,
los ministros hacen dramas
Y los grandes pican toros.

Pueblo, en fin, rico en miseria,
Que se divierte á su modo:
Capital de eterna feria
En la que se vende todo.

Tal es Madrid, tal el centro
De la nación resignada,
Que si le viera por dentro
Se quedaría espantada.

Si os agradó la pintura,
Vuestra opinión me decid,
Y si la encontráreis dura,
Soy capaz en mi amargura...
De traeros á Madrid!

En el album de Angustias Heredia Spínola

EN VÍSPERAS DE SU BODA

¡Angustias bodas mil son
En que siembra la pasión
Flores que ya nacen mustias;
Pero esta boda de *Angustias*
Es una contradicción!

Al saber las alegrías
De Angustias, niña hechicera,
Dije yo, haciéndolas mías:
—¡De estas Angustias quisiera
Yo para todos los días!—

Salvador le brinda amor;
Este ya es nombre mejor:
Alcemos á Dios las manos
Y ensalcen himnos cristianos
Las glorias del *Salvador!*

¿Hay consorcio más curioso
Que éste, en el que desde ahora
Mirará el mundo envidioso
Una pasión... *salvadora*
Y un bienestar... *angustioso*?

Salvador y Angustias bella,
Haciendo al nombre perfidia,
Logran hoy dichosa estrella,
Él salvando el mar por ella
Y ella angustiando á la envidia.

Bien haya el hado oportuno
Que hoy de amor les vuelve locos
Haciendo, en dos que son uno,
De dos nombres como hay pocos,
Un amor como ninguno!

SIMPATÍAS

Renegando de la vida,
Que es amargor continuado,
Monté en el tren, angustiado
Por dolorosa partida.

Y viendo cómo lloraban
Mientras que salía el tren
Séres que me quieren bien
Y que el pañuelo agitaban,

Sumido en triste aflicción,
Hija de mi sentimiento,
Caí sobre el blando asiento
En el fondo del vagón.

Afligido y pesaroso
Mi larga ausencia lloraba,
Mientras el tren avanzaba
Rápido y vertiginoso

Y así á los rayos ponientes
Del sol en dulces reflejos
Pronto me encontré muy lejos
De amigos y de parientes.

A respirar me asomé,
Y en el vagón inmediato
Asomóse al poco rato,
Y á fe que lo celebré,

Una mujer blanca y rubia
Que en dulce ensimismamiento
Sufría como yo el viento
Y el azote de la lluvia.

Triste, como yo, la ví;
Era joven y era bella,
Yo iba mirándola á ella
Y ella mirándome á mí.

Y al hacer parada el tren
En la próxima estación
Ella bajó del vagón
Y yo me bajé también.

Con un ligero desvío
Y aprovechando la noche,
Yo ví vacío su coche
Y ella vió vacío el mío.

De la observación concluyo,
Y es lógica conclusión,
Que ella envidió mi vagón
Mientras yo envidiaba el suyo;

Porque al fin de aquella burda
Ingerencia, muy mal hecha,
Yo me encontré á la derecha
Y ella se encontró á la zurda.

Como ya el tren caminaba,
No hubo más que resignarse
Y por de pronto esperarse
Mientras la noche pasaba.

Y á la mañana siguiente,
Cuando el tren volvió á parar,
Nos volvimos á encontrar
cara á cara y frente á frente.

Sonreí, se sonrió;
Echó á andar y la seguí;
Se sonrió, sorei;
Saludé, me contestó.

Como era *parada y fonda*,
Fuimos á buscar contentos
Dos inmediatos asientos
Para la mesa redonda.

Y allí, entre sorbo y bocado
Y la prisa natural,
Y encontrarlo todo mal
Y renegar del criado,

Y tomar de un sorbo el té
Y unas prisas horrorosas,
le dije no sé qué cosas
Y contestó no sé qué.

Lo esencial es que al dejar
La fonda de la estación
Yo la llevé á mi vagón
Y ella se dejó llevar.

Rompió el tren ronco y tronante
Con silbo ronco, estridente,
Pasando un monte y un puente,
Y un malecón y un montante.

El rico suelo andalúz
Invadió crujiente el coche,
Vino rápida otra noche,
Murió del vagón la luz.

Trocó el amor, que es burlón,
El vagón oscurecido
En dulce ambulante nido
De improvisada pasión.....

Y al llegar del viaje al fin,
(Aún al pensarlo me aflijo)
¡Adiós!—dije.—¡Adiós me dijo;
Tiñó su rostro el carmín,

Y por destinos extraños
Que en el mundo suele haber,
No nos volvemos á ver
Hasta pasados diez años.

Fué en otro viaje muy corto;
En otro vagón la hallé,
Y al mirarla me quedé
De asombro mudo y absorto.

Iba un hombre junto á ella
Y enfrente, durmiendo en paz,
Dos diños de rubia faz
Y una, al parecer, doncella.

Los esposos no se hablaban,
Y á los niños que dormían
Los padres les sonreían
Y en silencio los miraban.

Y yo, al recordar la noche
En que tan dichoso fuí
Cuando á la tal conocí
Tal vez en el mismo coche,

Sentí tan grande pesar,
Tan hondo remordimiento
Que no veía el momento
De poderla abandonar.

Paró el tren y me bajé;
La madre no me miró,
El padre me saludó,
Yo á los dos niñcs besé,

Y oí que aquel caballero
Dijo á su mujer: ¡Malhaya!
Cómo siento que se vaya
Tan simpático viajero!

EL BAILE DE NIÑOS

Del palacio encanto y gala,
Agitando sus guedejas
Rubias, negras y bermejas,
Llenan la espléndida sala
Las infantiles parejas.

Y estos niños inocentes
Que ayer mecían las cunas,
Alegres y sonrientes
Pasando ante los lucientes
Espejos de inmensas lunas,

Y las áureas cornucopias
Y los tapices de Flandes,
Lucen ya sus galas propias,
Siendo á mis ojos las copias
De los hombres, niños grandes.

Allí hay marquesas en flor
Y generales en feto
Y cómicas en albor
Y ministros en boceto
Y nobles en borrador.

Allí asoma la cabeza
Por entre los labios rojos
De una incipiente belleza,
La picaresca agudeza
Que ya denuncian los ojos.

Alli se presiente ya
Lo que á ser cada cual va
Cuando su momento suene,
La vanidad que ya tiene
Y el orgullo que vendrá.

Allí hay en actos pueriles
Con parecidos extraños,
Remedos del hombre á miles,
Coquetas de nueve Abriles,
Envidiosos de diez años,

Rasgos de su edad ajenos,
Humildes de envidia llenos
Que murmuran de los otros;
En fin, poco más ó menos,
Lo que pasa entre nosotros.

Pero hay algo en el salón
Que por dichosa excepción
Se admira, del hombre en mengua;
Allí habla franca la lengua,
Siente franco el corazón.

Se hace lo que se desea,
No se finge, no se miente,
Y hay un galán que alardea
De que él allí no consiente
Bailar con ninguna fea.

Hay quien dejó ayer la cuna,
Y con temprana fortuna
Va de dos niñas en pos,
Y sin faltar á ninguna
Se hace querer de las dos.

Se ponen motes y apodos
Los que se están estorbando,
Habla el afán por los codos,
Hay hembra que está llorando
Porque no juega con todos.

Las niñas mienten amores,
Fingen que tristes están,
Juegan con sus amadores,
Todo, todo lo que harán
En cuanto sean mayores!

Tal galán, pese á quien pese,
Viendo á la pareja ansiada
Bailar con quien no le agrada
Dice:—Si bailas con ése
Te doy una bofetada.

Y hay padre que el paso al ver,
Él que á visto á su mujer
Bailar la noche anterior,
Dice:—¡Quién pudiera hacer
Lo que mi niño mayor!

Se descubren los amaños
De una niña, y su desvío,
Y descompuestos y huraños
Anuncian un desafío
Dos amantes de diez años.

Y el amor que se desmanda
Sale allí franco á la luz,
No como el que el hombre manda
Callar detrás de una banda,
Morir bajo una gran cruz.

Hablan los niños sin tasa
De lo que en su hogar les pasa
Las ideas confundiendo,
Y sin querer, repitiendo
Lo que han oído en su casa.

Y habla la sinceridad
Y á alguno le he preguntado:
—¡Qué traje, qué novedad!
Dí, ¿dónde te lo han comprado?
—¡En el Monte de Piedad!

A éste, cuyos claros ojos
Por la luz ó el llanto rojos,
Revelan cual ya presiento
La expresión del sentimiento
Y el gesto de los enojos,

Le digo:—Mamá se va.
—¡Pues yo no!—responde el nene.
—¿Y si te obliga papá?
—Si mi papá nunca viene
Adonde viene mamá!...

A la sombra de un *portier*
Dicen lo que quieren ser
Todos los hombres futuros,
Y todos están seguros
De la vida que han de hacer.

Españoles verdaderos,
Sus instintos patrioteros
Van mostrando uno por uno:
Todos quieren ser toreros,
Catedrático ninguno.

Todos tienen en las mientes
La idea de hacer caudal
Para asombrar á las gentes;
La banda de general
Tiene muchos pretendientes.

Y en tanto sus aficiones
Pintan, pasando las horas
Con alegres expansiones,
Hablan en otros rincones
Las niñas encantadoras.

Y nada á su vista escapa,
Todo su candor lo atrapa,
Miran á la que más brilla,
Llaman tonta á la más guapa
Y *cursi* á la más sencilla.

Y hay en ellas el reflejo
Del gran mundo en que respiran,
Y hablan con extraño dejo,
Y todas, todas se miran
Al pasar junto á un espejo!

En el centro del salón
Da comienzo el cotillón,
Donde con rara abundancia
Se reparten á la infancia
Juguetes en profusión.

Y hay quien quisiera insaciable
Todo aquel pueril tesoro,
Y con instinto indudable
Quiere éste el brillante sable
Y estotro la espuela de oro,

Como en el gran cotillón
De la vida y su ficción
Pide el hombre la grandeza
Y el poder y la riqueza,
Juguetes de la ambición.

Ya del salón la ancha puerta
Se abre, y tras de las cortinas
El pueril afán despierta
La rica mesa cubierta
De dulces y golosinas.

Y allí viérais la ambición
Y rara adivinación
De un hidalgo cortesano,
Disputarle al propio hermano
Un padazo de turrón!

Viérais los niños, en fin,
Que eran flores del jardín
Puras y frescas ayer,
Cuál se sienten fallecer
Entre el vapor del festín!

Ya se rinden, ya se entregan
Á sus madres fatigados,
Ya no bailan, ya no juegan,
Ya los pobres se restriegan
Los ojos, de luz cansados.

Ya el sueño se les advierte,
Ya al sentirlo se encocoran
Y ya lloran de igual suerte
Que los moribundos lloran
Cuando ven llegar la muerte,

Ya de todo han disfrutado;
Ellos, que ayer han nacido,
Y á cansarse han comenzado:
Esta noche no han dormido,
esta noche no han rezado!

Cansados de fiesta están
Y el baile dejando van
Y todo placer desdeñan...
Ya van á dormir; si sueñan,
¡Quién sabe qué soñarán!

¡Oh, sí! Deseos y antojos,
Envidias, celos y enojos...
Así crecen, así enferman.
¡Los niños!... dejad que duerman
Y no les abráis los ojos!

¡Oh, no! Los míos no irán
Al baile; en él no verán
Del mundo el fastuoso alarde;
Dejadles que envidien tarde,
Que después... tiempo tendrán!

PORTADA DEL ALBUM DE ELENA CORONADO.

Tu madre hermosa, tu padre honrado.
Rica de encantos y de bondades.
Pródigo el cielo, propicio el hado,
En tí fundieron sus voluntades.

Sólo un instante te ví por suerte
Y en él heriste mi fantasía
De tal manera, que de no verte
Siento una extraña melancolía.

Y es que recuerdo tiempos pasados.
En que tu padre vivió conmigo,
Y de pesares por tí borrados
Fuí muchas veces mudo testigo.

Él y yo juntos, tristes y errantes,
De un mundo loco por los senderos
Ibamos juntos, siempre anhelantes,
Pero sin rumbos ni derroteros.

Viento enemigo nos empujaba
Siempre al escollo y á la tormenta,
Y el alma triste nunca encontraba
La luz radiante que al triste alienta.

Por fin tras tanta sorda amargura,
Al fin de aquellas sendas de abrojos,
Él vió su dicha, yo mi ventura,
Yo en mis amores y él en tus ojos.

Que tras la sorda lucha temida
Que hay en la vida devoradora,
La paz se encuentra siempre en la vida
Junto á los hijos que el alma adora.

Tú eres la calma que en sed ansiosa
Buscó el doliente sin paz ni calma,
Tú eres el lazo de amante esposa,
La luz del puerto, la paz del alma.

En tus encantos y en tu hermosura
Toda dolencia su afán mitiga:
Dulce, amorosa, cándida y pura,
Sol de tu casa, ¡Dios te bendiga!

Á JOSÉ FERNÁNDEZ RREMÓN

Amigo del alma:
Referirte quiero
Mi vida tranquila
Que parece sueño.
Pasar de la corte
Al grato silencio,
De campos floridos
Y extensos paseos:
Trocar la algazara
De aquel vasto infierno
Por calles sin gentes
Y prados desiertos:
Pasar de la fiebre
Al dulce sosiego,
Es dicha tan grande
Que no tiene precio.
Al salir la aurora
Con su luz despierto
Y á las oraciones

Ya me estoy durmiendo.
Y el día que es largo
Yo breve lo encuentro
Sumido en la calma
Que busco sediento.
Del plácido Arlanza
Tranquilo y sereno
Recorro la orilla
Por ámplios paseos,
Gozando la sombra
Que dan con su techo
Los álamos verdes
Que llegan al cielo.
Susurran sus hojas
Á impulso del viento
Que en dulce frescura
Respira mi pecho,
Y al pie de la fuente
Que turba el silencio
Con grato sonido
Armónico y lento,
La siesta de estío
Presta con sus ecos
Encanto á la mente
Y al alma recuerdos.
La extensa arboleda
Se pierde á lo lejos
En larga techumbre
De ramas sin cuento,
Y el césped menudo

Tupido y extenso
Tapiz de mis plantas,
Me brinda un asiento.
Del olmo en las ramas
Trinan los jilgueros
Y en torno resuena
Su alegre aleteo.
Blancas mariposas
Van yendo y viniendo
Bordando al arroyo
Los verdes linderos.
Y alegran la vista
Su olor esparciendo
Que en calma dichosa
Respira mi pecho,
La roja amapola
Y el místico espliego,
La verde retama
Y el suave romero.
Con varios colores
Del sol al reflejo,
Brillan las antenas
De raros insectos
Que saltan y vuelan
Con roce ligero
Del césped al agua,
Del agua al repecho,
Libando las flores
Y al aire tendiendo
Sus alas azules

Con rápido vuelo.
 Allá de un soldado
Se ve el tosco cuerpo,
Al pie de unos chopos
Tendido y durmiendo.
Y entre la enramada
Se pierde á lo lejos
De algún señor cura
Los hábitos negros.
Y las lavanderas
Alegres, batiendo
Con mano afanosa
Las aguas y el lienzo,
Al par sus cantares
Confían al viento,
Que al pie de los olmos
Yo voy recogiendo,
Tendido en el césped,
La vista en el cielo,
Oyendo el arroyo
Sonante y sereno:
Y allá en lontananza
Los aires rompiendo,
Columbro las torres
Del gótico templo
Que de sus encajes
Entre los mil huecos,
Pasar libre dejan
La luz de los cielos.
Ya las blancas nubes

Con rápido vuelo
De Oriente á Poniente
Pasar ráudas veo:
Y en sus mil festones,
Soñador eterno
Extrañas figuras
Parece que observo.
Ya el día se acaba,
Ya en dulces reflejos
Tras las arboledas
Sus rayos cayeron.
Y entonces mis pasos
A casa enderezo
Tras de las ovejas
Que van de regreso,
Y oyendo sus pasos
Que marcan de lejos
Las mansas esquilas
Con son soñoliento.
Vuelve á sus hogares
El tosco labriego
Que cambia un saludo
Con dulce respeto,
Y en la ancha carreta
Colmada del heno
Que arrastran los bueyes
Pesados y lentos,
Coronando alegre
Los haces repletos
Va la castellana

Sentada en el medio,
Cubierto el peinado
Del tosco pañuelo.
  Ya las oraciones
Suenan en los templos,
Y brillan las luces
Con vagos reflejos.
La cena me aguarda,
Que en sobrio alimento
De carne sabrosa,
Con pan blanco y tierno,
Castellano vino,
Y apretado queso,
Van del apetito
Colmando el deseo,
Brindando la calma
Del plácido sueño.
Y al sonar las nueve
Caigo yo en mi lecho
Sosegada el alma,
Fatigado el cuerpo,
La ventura cerca
Y el recuerdo lejos:
Que así como en otros
Egoístas pechos
Son las oraciones
Ayudas del sueño,
Yo mando á mis hijos
Mi postrer recuerdo,
Y unidos y alegres

Soñando les veo
Pensando en mi vuelta,
Pues sólo por ellos
Dejara esta vida
Que no tiene precio.
¡Así Dios les guarde
La paz que yo tengo
Cuando en paz y en calma
Tranquilo me duermo!

Burgos.—Julio 1878.

EL ANGEL CAIDO

A D. Gaspar Núñez de Arce.

En medio al ancho paseo
Donde en brillantes alardes
Á nuestras hermosas, veo
En las espléndidas tardes
Que tan bien canta Asmodeo,

Allí, donde congregadas
Las mujeres admiradas
De la esplendorosa corte,
Lucen con gallardo porte
Sus bellezas celebradas.

Allí, y al cincel debido
De un artisia distinguido,
Gloria de nuestra nación,
Han puesto un *Angel caído*
Presidiendo la función!

Ni tu ruda poesía
Con sus conceptos eternos,
Ni la alegre musa mía,
Pintarán la alegoría
De nuestros tiempos modernos,

Como el alcalde (ó quien sea
El autor de tal idea)
La ha puesto pintiparada
En donde Madrid la vea
Para siempre consagrada.

En aquella extensa vía
Donde en igual simetría
Ven los ojos distraídos
Tantos ángeles caídos
Y tantos dioses de un día,

No hiciera mucho favor
A la inverecunda grey
Que anduviera en derredor
Ni la estátua del Pudor
Ni la estátua de la Ley.

Bien haya el ignoto influjo
Que la estátua en bronce trujo
A ver la constante feria
De vanidad y de lujo
Y de soberbia y miseria!

Del sol á los rayos de oro
Luce su alegre sonrisa
La vanidad sin decoro,
El blasón comprado al oro.
La fortuna hecha de prisa.

La coqueta empedernida,
La viuda desafligida,
La traicionera casada,
La felicidad comprada,
La fidelidad vendida,

En constante paroxismo,
Reflejo fiel de sí mismo,
Contempla el ángel en torno
La exposición del cinismo
Con el lujo por adorno.

Insultante carcajada
De una corte ralajada
Que de sus vicios se engríe,
Y en torno el angel sonríe,
Contemplándose copiada!

¡Oh! sí; lauro, lauro eterno
Al artista y al Gobierno,
Que entendernos han sabido
Poniendo al Angel caído
Por rey del Madrid moderno.

EPISTOLA

Á

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

AUSENTE DE LA CORTE

Ilustre vate, á quien constante admiro:
Si de la dulce soledad dichosa
Que te brinda tu plácido retiro
No ha de turbar la calma venturosa
Mi ronca voz, en tu envidiable calma
Ésta, recibe, epístola amistosa.
¡Oh tú, que de la paz logras la palma
Y aspiras el ambiente embalsamado
Que infunde la salud y ensancha el alma!
Deja que envidie tu dichoso estado
Quien vive y sueña á la engañosa lumbre
Del cortesano sol, dulce y templado.

Rompiendo con la ley de la costumbre,
Menospreciando cortesana gloria,
Libre de la mundana pesadumbre,
Yo de tu afán lograda la victoria,
Del campo al seno tu salud se acoge
Mientras aquí persiste tu memoria.
Otras frentes la cólera sonroje;
Tu alma serena en la tranquila tarde
La moribunda luz del sol recoge.
¡La corte dejas, donde en torpe alarde
La sórdida ambición y el ruín despecho,
Con vil disfráz de adulación cobarde,
Rugen cual ecos de uracán deshecho,
Del grande altivo y del patán vicioso
Royendo el alma y devorando el pecho!
Ni el tiempo aquí transcurre provechoso;
Y de la corte hispana en el recinto
Todo sigue su curso perezoso,
Cual turvio río, que de fango tinto,
Desciende al valle y ronco se difunde,
Lento arrastrando su caudal extinto.
La ciega fe que el entusiasmo infunde,
Del patrio amor la sacrosanta hoguera,
Que en ánimos viriles ráuda cunde;
La concordia, de bienes mensajera;
La unión, que al hombre con el hombre enlaza,

Sol que disipa la tormenta fiera;
Todo lo olvida la cadente raza,
Que en terco empeño y sin igual porfía
Desprecia el triste fin que la amenaza.
Diviértese la corte noche y día
Ya en diarias constantes expansiones,
Ya en los placeres de nocturna orgía.
Hierven de gente calles y salones,
Nos falta el tiempo á la pasión liviana
Dormidos al dolor los corazones.

Aguarda el madrileño una semana
La fiesta del domingo, y no es que aguarde
Culto rendir á la moral cristiana,
Sino por ver en la ardorosa tarde
Fiesta de toros, que impaciente espera
Para hacer de su afán sangriento alarde.
La ancha calle inundando placentera,
Corriendo va la muchedumbre, ansiosa
Por vez la lid de la tremenda fiera.

¡Oh miseria ilusoria y engañosa,
Y dirán que en Madrid oculta habitas
Con pena universal calamitosa!
Del pueblo hambriento llorará las cuitas
Tal orador, con voces lastimeras,
Y el pueblo en tanto, en masas infinitas,

Buscando sobresaltos y carreras,
Se gastará el jornal de la semana
Llenando al ancho circo las barreras.
¡Oh incomprensible condición hispana,
Fácil en desdeñar la propia pena,
Sin pensar en el día de mañana!
De cien teatros en la alegre escena
La cotidiana huelga se resume
Dentro la sala que la gente llena.
Frívolo afán de risa nos consume,
Sin que de tanta aspiración viciosa
La pesadumbre inmensa nos abrume.
Muerta la industria, en obras perezosa,
El público mercado en lenta ruina,
Balbuciente la imprenta temerosa,
Aspirando la flor sin ver la espina,
Duermen aquí los que su suerte esperan,
Mientras el sol de la nación declina.
Perdiendo el tiempo que emplear debieran
En más altas empresas, los fingidos
Amantes de la patria vociferan,
Y en hostil connivencia siempre unidos,
Del que al mando llegar logró primero
Murmuran con hambrientos alaridos.
Hace la envidia oficios del acero;
Las honras barre con su inmunda baba,

De débil inacción signo postrero;
Ora derrocha el mismo que insultaba
Furioso ayer al que oscurece ogaño;
La envidia en él sus fieras uñas clava,
Y en tal comercio y desastroso engaño
Sólo el propio interés nos concilía
Del vecino feliz urdiendo el daño.
Derrumbó la ambición la monarquía,
Hirvió el pueblo de reyes interinos,
Turnando en la fugaz soberanía.
República nos vemos, y dañinos,
A nuestras propias manos inmolada
Vióse á su vez por padres asesinos.
Vuelve la regia pompa, ayer hollada,
¡Y sabe Dios si en trance inesperado
La hemos de ver de nuevo amenazada!
¡Oh indómito español desatentado,
Siempre contrario al bienestar presente,
Jamás experto del dolor pasado!
Raza infelíz, que fallecer se siente,
Y de pámpanos verdes coronada,
Sus glorias canta en bacanal candente.
¡De aves errantes mísera bandada,
Que en pos volando va con terco engaño
De rota nave al viento abandonada!
Vasallos nos llamó la fe de antaño,

Realistas fuimos luego fervorosos,
Monárquicos no más somos ogaño.
  De nuestros pechos en su fe dudosos
Se desprenden las muertas tradiciones
Cual hojas de los árboles añosos..
  Agosta la vejez los corazones,
Y de la edad con la fatal mudanza
Mueren también caducas las naciones.
  ¿Dó alienta el español, cuya pujanza
Fué asombro al mundo y á la tierra espanto,
Cuando blandiendo la robusta lanza
  Y el tronante arcabuz, al grito santo,
Constante vencedor en mil empresas,
Tan glorioso en Bailén como en Lepanto,
  Potente y rico de gloriosas presas,
Eran su adorno mitras imperiales
Y su festín las águilas francesas?
  De aquellos tan lozanos y membrudos,
Armipotentes en la mar airada,
Fuertes, sóbrios, atléticos, forzudos,
  Vive la descendencia en la estragada
Y enclenque juventud sietemesina,
Raza enfermiza y pobre y trasnochada.
  ¿Es ésta la inmortal raza latina
Que en la España de Alfonsos y Filipos
Nunca vió el sol en lumbre vespertina?

Con estos impotentes prototipos
Se alimenta la corte afeminada,
Cambatiendo en ridículos equipos
Al novillo en la alegre becerrada,
Ó al incauto pichón que en muerte aleve
Convierte el juego en prenda deseada.
¡Baile y juego y festín! Sólo nos mueve
Vértigo sordo, ingénita locura,
Y esperando que el diablo se nos lleve,
Rendido el español á su amargura
Duerme, dejando deslizar su vida
En brazos de la holganza y de la usura.
Tal es Madrid, tal era á tu partida;
Lo mismo lo hallarás cuando tornares;
Tal fué, tal es y tal será su vida.
Bien haces en buscar la selva umbrosa,
Y el fuerte roble y la fragosa sierra,
Y la ancha, corpulenta, encina añosa.
Bien haya quien nació en la hermosa tierra,
Patria de altos caudillos, de quien dura
Siempre el nombre inmortal en paz ó en guerra.
Goza en calma la plácida ventura
Que en su seno te da suelo nativo,
Rica, feráz, frondosa Extremadura.
Ya te miro subiendo al monte altivo,
Respirando con calma placentera

La fresca sombra del silvestre olivo.
La luz de la naciente primavera
Contemplando en la calma silenciosa
Del campo alegre y la feráz pradera,
Miras brotar la flor esplendorosa
Del almendro temprano, y el capullo
De la encendida y deslumbrante rosa.
Surge del nido el amoroso arrullo,
Y saltando entre juncias y espadañas,
Difunde el río su jovial murmullo.
Deshácese la nieve en las montañas,
Y el sol, desparramando su tesoro
Por llanuras y montes y cabañas,
El pálido arenal convierte en oro;
Tienden las aves el sonante vuelo,
Despierta alegre el corpulento toro,
Gérmenes brotan del fecundo suelo,
Y verde alfombra del herboso prado;
Y el ancho surco habriendo paralelo
Rompe la tierra el refulgente arado.
¡Oh, feliz el que al sol cuando aparece
Puede mirar tranquilo y sosegado!
Blando y amante seno el campo ofrece;
Paz al ánimo brinda, al pecho calma;
Y éste es el premio justo que merece

Quien de la vida en la constante lucha,
Rico de gloria, su misión lograda,
La voz servil de adulación no escucha
Y en paz disfruta su existencia honrada.

CHISTES Y ANÉCDOTAS

—¡Oh los autores!—exclamaba un empresario. No están contentos nunca.

Y para probarlo decía:

—Figúrese usted que la comedia de fulano no da un cuarto. ¿Pues qué dirá usted que me ha escrito?

—¿Qué?

—Lea usted.

El autor decía entre otras cosas:

«No comprendo por qué razón pone usted mi comedia precisamente la noche que no hay entrada.»

—

Manera de atraer lectores de un periódico norte-americano.

Anuncio de primera plana:

«La administración de nuestro periódico tiene »el honor de anunciar á sus lectoras que varios

»jóvenes, bien acomodados y de vasta instruc-
»ción, se han obligado por escritura pública á no
»casarse sino con suscritoras por un año á nues-
»tro periódico.»

—

Un avaro que vive en un pueblo próximo á París, me decía un día:

—Yo soy hombre de orden y me gusta ir los domingos á misa llevando conmigo á toda la familia.

—No hay nada que me encante—añadía—como ver pasar al acólito con un cestillo pidiendo dinero á los fieles, mientras el cura lee el Evangelio...

Así es que cuando pasa junto á mí... *nunca le cojo más que* dos cuartos (!!!)

—

Los señores de*** conservaron como criada á la nodriza de su primer hijo.

A los cuatro ó cinco meses de su nueva profesión, la nodriza seca oyó decir en la casa que la señora se encontraba de nuevo en estado interesante.

—¿Es de veras, señora?

—Sí, Tomasa, dentro de poco espero otro niño.

—Podía usted habérmelo dicho, y yo *me hubiera preparado.*

—

Lo siguiente ha sucedido en Madrid, en la calle de los Negros.

Un cartel decía:

Se da dinero.

Entraron Inza y Narciso Serra:

—Muy buenos días.

—Servidor de ustedes—dijo el empleado de la *Agencia*; porque aquello parecía ser una agencia.

—Nosotros necesitamos dinero.

—Nada más fácil. Tengan ustedes la bondad de sentarse.

—Y el empleado se dispone á escribir.

—Con que... ustedes necesitan...

—Cuatro mil reales.

—Muy bien (*escribiendo*). «Cuatro mil reales.» ¿A qué fecha?

—A tres meses.

—Muy bien. «A tres meses.» ¿Sin garantía, por supuesto?

—Por supuesto.

—Perfectamente «Cuatro mil reales, á tres meses, una sola firma.»

Y levantando la cabeza y mirándoles fijamente, dice tendiendo la mano derecha:

—Nueve pesetas.

Los dos literatos se levantan, se miran, se incomodan.

—¿Cómo nueve pesetas?

—El empleado en el mismo tono solemne.

—¡Nueve pesetas!

—¿Pero hombre y el dinero?

El empleado dando un puñetazo en la mesa y muy alterado:

—¿Y si no lo encuentro?

—

—Adiós, hermoso—le dijo una paloma nocturna á D. Juan Nicasio Gallego.

—¡No me has visto de día!

—

—¡Mi amo!—decía un asistente á otro—no le hay igual. ¡En teniendo limpio el uniforme, ya está contento!

—¿Pues, y el mío?—exclamaba otro.—¡Con decirte que todas las mañanas coge un palo y le sacude el polvo á mi *dormilona!*

—¿De veras?

—¡Vaya! ¡lo malo es que siempre lo hace cuando la tengo puesta!

—

Tres diputados provincianos debían hablar á la reina Cristina de un asunto interesante para su provincia.

El primero fué á empezar su discurso, se cortó y no pudo continuar.

El segundo, que no estaba preparado, suplicó al tercero que hablase.

Éste más resuelto, empezó diciendo:

—Señora, mi abuelo, mi padre y yo, todos hemos muerto en vuestro servicio.

—Recojan á este hombre y entiérrenlo—dijo la reina.

—

Estaba durmiendo Sixto V, cuando se le presentó un fraile llorando á lágrima viva.

—¿Qué sucede?—pregunta el Santo Padre.

—¡He tenido una aparición, y me ha revelado que el ante-Cristo ha nacido ya!

—¿Y qué edad vendrá á tener?

—¡Tres ó cuatro años!

—¡Ah! entonces...—dice el Papa—eso se queda para mi sucesor, porque yo estoy ya viejo.

—

Dos periodistas no encuentran asunto de actualidad para hacer un telegrama.

Uno de ellos exclama:

—¡Ya he dado con la noticia de sensación.

Y en seguida telegrafía lo siguiente:

«Según dicen de San Petersburgo, el Czar se ha puesto á la cabeza de la conspiración nihilista.»

—

Un periodista hablando con Grevin:

—Debía usted exponer los ministros en su Museo.

No es posible, no dan tiempo, ¡en cuánto acaban unos, ya hay otros!

—

El compositor Raff hizo una marcha fúnebre en honor de Meyerbeer, y suplicó á Rossini que la oyera.

Rossini, aunque de mala gana, accedió.

Raff fué á Passy con su cuaderno de música debajo del brazo, y se sentó al piano.

Desde las primeras notas, Rossini comprendió que la marcha era mala, pero la oyó hasta el fin.

—Maestro—dijo Raff,—¿qué opina usted?

—Amigo mío,—respondió el maestro,—opino que hubiera sido mejor que el muerto fuese usted y que Meyerbeer hubiera escrito la marcha.

—

—¡Ah! Sr. Marqués, usted ha disfrutado del mundo.

—¡Ya lo creo!

—Ha tenido usted aventuras con solteras, con casadas, con viudas...

—No, no; distingamos. Una sola aventura con una mujer casada; pero qué disgustos me dió.

—¿Se puede saber quién era?

—La mía.

—

Cuentan que Julio Landeau le dió un franco á un mendigo que le pidió limosna llamándole por su nombre.

—¡Un franco!—exclamó el mendigo irritado. Un novelista célebre. ¿Y qué voy á hacer yo con un franco?

Landeau, quitándose el sombrero:

—¡Déselo usted á un pobre!

—

¡Llaman al médico para que vaya á visitar á un enfermo nuevo!

Llega, le pulsa...—Esto puede ser grave—dice.

—¿Grave?—exclama la mujer—¿Pues qué tiene?

—¡Escarlatina!

—¿Escarlatina á los cincuenta años?

—Observe usted, las manos están rojas.

—¡Pero eso es del tinte!

¿De qué tinte?

¡Mi marido es tintorero!

¿Tintorero! Señora, ¡podía usted haberlo dicho!

—

Una señora detiene á un caballero en el Boulevard de los Italianos.

—¿Se me figura que le he visto á usted en alguna parte?

—¡Es posible, porque suelo ir algunas veces!

—

Un criado entrando en la librería de Bailli-Bailliére, de la plaza de Santa Ana en Madrid:

—¿Tiene usted el Código penal con láminas?

—

Muy fuerte, pero acaso exacto, este pensamiento de madame de Coislin:

«Las virtudes son institución humana, las pasiones son institución divina».

—

Epitafio de una mujer, escrito por su marido:

«¡Mis lágrimas no la volverán á la vida! ¡Por eso lloro!»

—

Los yankees viven mucho.

El presidente Lincoln se encontró un día á la puerta de una casa de campo á un viejecito que estaba llorando.

—¿Cuantos años tiene usted?

—Setenta.

—¿Y por qué llora?

—Porque *papá* me ha dado una bofetada.

—¿Papá?

A esto salió el *papá* apoyado en un bastón y tocando casi con la cabeza en el suelo.

—¡Si, señor; yo le he dado una bofetada!

—¿Y por qué?

—¡Porque le ha faltado al respeto á su abuelo.

—¡Vámonos—dijo Lincoln al amigo que le acompañaba,—porque me temo que el abuelo se va á deshacer en cuanto hable!

—

Anuncio copiado de una barraca de la feria de Henilly:

Sonámbula en varias lenguas.

—

Un editor *dramático* muy conocido por sus... se encuentra en un paseo público al autor cuyas obras publica.

El editor que va fumando un magnífico cigarro, dice desdeñosamente al autor que fuma una *tagarnina*.

—¡Cómo! ¿Usted fuma eso?

—¡Naturalmente, puesto que usted fuma eso otro!

—

—Mira, Juan, como yo estoy tan gordo, quiero viajar con comodidad, ve y toma dos billetes para mí en la diligencia de Madrid á Cáceres.

—¡Bien, señor!

Y el inteligente criado le trae un asiento de Berlina y otro de interior.

—

En un *restaurant*, el doctor M*** observa que el camarero, que está sentado, se levanta, al verle llegar, con algún trabajo.

—¿Tienes hemorroides? —le pregunta el doctor.

—No sé decirle á usted; voy á la cocina á ver si quedan (!!!).

—

«Se habla inglés, francés y alemán,» dice la muestra de un hotel.

Entra un inglés y pregunta en chapurrado.

—¿Quién es qui *speak* (habla) inglés aquí?

—¿Pues quién ha de ser? los viajeros que nos honran con sus visitas como usted.

—

Otro anuncio en boulevar del *Bonne Honvelle*:

Corsés fisiológicos.

Esto sí que pudiera llamarse *Fisiología* entre pecho y espalda.

—

La religión en el gran mundo.

Extracto de una conversación de *Club*.

La mujer es:

De 15 á	16 años:	bailarina.
16	18	tentada de la risa.
18	20	enamorada.
20	25	niñera.
25	30	lectora.
30	35	parlanchina.
35	40	pedigüeña.
40	45	coleccionista.
45	50	agiotista.
50	55	casamentera.

De sesenta en adelante, beata.

—

Los poetas religiosos no han sido, á veces, afortunados.

En un convento de Cádiz he leído lo siguiente al pie de una Purísima Concepción:

«A ésta, lo que más le abona
es el haber concebido
sin saberlo su marido
y por tercera persona.»

¡Oh inspiración estupenda!

Más lógico, aunque también blasfemo, me parece aquél otro poeta del siglo pasado que escribía.

«Nació el Rey de los cielos
en un pesebre,
donde menos se piensa
salta la liebre» (1).

—

En un teatro de París, donde se representaba un drama de espectáculo, los hombres que debajo del lienzo que figuraba el mar, hacían el movimiento de las olas, cobraban un franco por noche.

---

(1) Damos estos apuntes ó pinceladas para que sirvan de escarmiento en lo sucesivo, y se acuerden del refrán: «Zapatero... á tus zapatos!!!»

Un día el director les dijo al empezar la función, que desde aquella noche las olas no se pagaban más que á ciencuenta céntimos.

Los comparsas ocultos se callaron, pero al llegar el momento de la tempestad, el mar estaba como una balsa de aceite.

—¡Esas olas! moverse—dijo el traspunte.

El mar cada vez más en calma, y allá arriba en el telar una de relámpagos y truenos que daba miedo.

El director acude, levanta una punta del lienzo y grita:

—¡A dos pesetas las olas!

Desde aquel momento empezó una marejada.

—

En la estación del Norte:

—Adiós, esposa mía.

La esposa llora como una Magdalena.

—Que no te olvides de que eres la mujer de un hombre de bien.

La esposa sin dejar de llorar, se hace un nudo en el pañuelo!!!

—

Un pintor impresionista, enseñándole á otro su incomprensible cuadro:

—¡Oh, esto es el arte moderno! ¡Esto es una obra de arte!

—Bueno; pero ¿qué es?

—¡Ah! ¿No lo ves? ¿No sabes verlo? Es la Magdalena.

—¡Ya! ¡Yo creí que era la Bastilla!

—

Bebé vuelve del teatro con papá.

Al entrar en su cuarto, donde no hay luz, el niño dice:

—¿Pero papá, por qué no enciendes? No se ve nada.

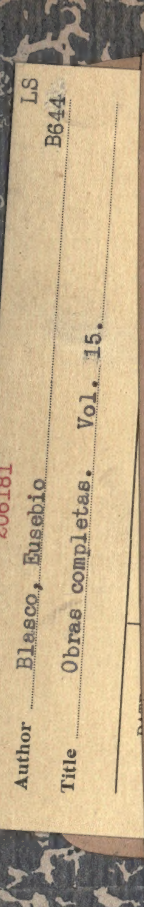
Y á los pocos segundos:

—Lo ves. Ya me he mordido la lengua.

FIN DEL TOMO XV

INDICE




LS
B644
206181
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 15.

